

LOS 120 MEJORES CUENTOS DE LAS TRADICIONES ESPIRITUALES DE ORIENTE

Recopilación de Ramiro Calle y Sebastián Vázquez

Digitalizado por Biblioteca Upasika

www.upasika.com

Introducción

En todas las tradiciones espirituales de Oriente, tanto religiosas como filosóficas, el cuento ha sido -y es- uno de los elementos de enseñanza más precisos y preciosos que existen. Habría que reseñar que, tal vez, el término cuento no sea muy adecuado para este tipo de breves narraciones que desde luego poco tienen que ver, tanto en estructura como en significado, con nuestro legado mítico occidental, ya que mientras que el contenido de nuestros cuentos en Europa gira casi exclusivamente en torno al concepto de «viaje iniciático», en Oriente, estas historias muestran una función bien distinta. En efecto, si repasamos nuestros cuentos occidentales, vemos que tanto los personajes como el escenario señalan los elementos clásicos del viaje iniciático: crisis de la situación establecida, confrontación entre el bien y el mal, pruebas a vencer, logro a conquistar, proceso de transformación del protagonista de persona normal a héroe y establecimiento de nuevo orden. Es decir, un esquema más o menos reconocible y fácil de rastrear en todos o en algunos de sus componentes.

Sin embargo, como hemos dicho, las historias reunidas en este libro, tienen una virtud particular precisa: la de "ilustrar una situación" -de un modo deliberadamente esquemático- en la que se muestran determinadas actitudes y comportamientos que aluden o bien a estados psicológicos, o bien a etapas de la búsqueda espiritual. Es interesante resaltar que muchas de ellas se refieren al daño que produce el peso de las creencias en el ser humano, y por tanto a la necesidad de adquirir la «percepción correcta», es decir, la capacidad de percibirse a sí mismo y percibir al mundo tal como es y no tal como somos, significando esta adquisición la antesala del conocimiento real. Del mismo modo, y con frecuencia, en estas historias se abordan distintos aspectos morales donde se resaltan conductas que parten de una posición ética insobornable y que muestran de un modo rotundo los más sobresalientes valores humanos en su máxima expresión.

Pero no se debe olvidar que el factor más importante en este tipo de cuentos es que tienen el poder de provocar en la conciencia un impacto capaz de situar al oyente o al

lector en un estado de comprensión más elevado, brindándole la oportunidad de sentirse reflejado de un modo directo en una situación concreta donde puede reconocerse. y éste ha sido el motivo de que este tesoro de sabiduría haya pervivido durante siglos con absoluta frescura y vigencia.

Otro aspecto a destacar es la aparición habitual de los personajes del maestro y el discípulo. Esto se debe a que en muchas ocasiones se trata de anécdotas reales que, por su capacidad de "ilustrar una situación», han sido transmitidas a lo largo de los siglos, y que además ofrecen una magnífica oportunidad al lector de situarse en una posición de aprendizaje.

Por último, reseñar que, de un modo sorprendente, estos cuentos presentan varios niveles de lectura que se adecuan al estado interior del lector -tanto psicológico, moral o espiritual- y que pueden proporcionarle a cada cual un tipo de enseñanza acorde con su particular capacidad y entendimiento.

En lo que se refiere a encontrar las fuentes de estas historias, hay que señalar que en su gran mayoría es sencillamente imposible. Lo mismo aparecen en la tradición sufí que en chistes regionales; tanto en la enseñanza budista como en el hinduismo; tanto en China, al amparo del taoísmo, como a la sombra de los monasterios zen del Japón; igual en los zocos del norte de África como en los bazares de Estambul; lo mismo entre los rabinos de Jerusalén o los monjes del monte Athos que en los mercados sirios o persas; tanto en las estepas de Mongolia o Kurdistán como en las nevadas cumbres del Tíbet. Asimismo, tampoco pueden ser datadas con un mínimo de rigor, pues al pertenecer principalmente a tradiciones orales, se pierden en un pasado indefinido. Bien es cierto que muchas de ellas poseen, por ejemplo, un claro componente budista o sufí, pero no se puede asegurar que no tengan un origen anterior y que posteriormente fueran asimiladas por estas corrientes de pensamiento.

Respecto a nuestra selección de historias, es obvio que ésta responde a un particular criterio personal, pero no es menos cierto que la mayoría de las que podrán leer en las páginas siguientes son consideradas como imprescindibles en sus respectivas tradiciones por su potente capacidad de transmisión, así como por la calidad de su contenido de enseñanza. Por este motivo, muchas de ellas serán familiares para el público conocedor de este tipo de literatura, aunque hemos procurado que otras sean prácticamente inéditas. Como el lector observará, se ha omitido en la redacción, dentro de lo posible, toda referencia que pudiera identificar los cuentos con una determinada cultura, religión, época o lugar geográfico; esto obedece, de un modo deliberado, al propósito de que fuera el mensaje el protagonista absoluto, tratando además de evitar que se pudieran establecer referencias preconcebidas con determinadas culturas o tradiciones.

Sólo nos queda desearle una lectura amena y enriquecedora. Ojalá estas sencillas historias sean capaces de hacerle llegar todo el enorme caudal de sabiduría que ocultan bajo el disfraz de lo anecdótico y lo cotidiano, y que puedan servirle como un valioso -y hermoso- instrumento de trabajo interior en cualquiera de sus aspectos psicológico, ético o espiritual.

SEBASTIÁN VÁZQUEZ

A MODO DE PRÓLOGO:

Un cuento sobre las diferencias aparentes

Cuatro viajeros provenientes de distintos países que seguían la misma ruta juntaron el poco dinero que tenían para comprar comida.

-El persa dijo: comparemos angur.

-El árabe contestó: no, yo quiero inab.

-El turco no estuvo de acuerdo y exclamó: de eso nada, yo comeré uzum.

-El griego protestó diciendo: lo que compraremos será stafil.

Como ninguno sabía lo que significaban las palabras de los demás, comenzaron a pelear entre sí.

Tenían información, pero carecían de conocimiento.

Pasó por allí un hombre que dijo:

-Yo puedo satisfacer el deseo de todos ustedes, denme su dinero.

Los viajeros accedieron a la solicitud del recién llegado. Al cabo de un rato, el hombre regresó con aquello que todos habían mencionado sin saber que se referían a lo mismo: uvas.

La dificultad de aprender verdaderamente

En cierta ocasión, un hombre de gran erudición, fue a visitar a un anciano que estaba considerado como un sabio. Llevaba la intención de declararse discípulo suyo y aprender de su conocimiento. Cuando llegó a su presencia, manifestó sus pretensiones pero no pudo evitar el dejar constancia de su condición de erudito, opinando y sentenciando sobre cualquier tema a la menor ocasión que tenía oportunidad. En un momento de la visita, el sabio lo invitó a tomar una taza de té. El erudito aceptó, aprovechando para hacer un breve discurso sobre los beneficios del té, sus distintas clases, métodos de cultivo y producción. Cuando la humeante tetera llegó a la mesa, el sabio empezó a servir el té sobre la taza de su invitado. Inmediatamente, la taza comenzó a rebosar, pero el sabio continuaba vertiendo té impasiblemente, derramándose ya el líquido sobre el suelo.

-¿Qué haces insensato? -clamó el erudito-. ¿No ves que la taza ya está llena?

-Ilustro esta situación -contestó el sabio-. Tú, al igual que la taza, estás ya lleno de tus propias creencias y opiniones. ¿De qué te serviría que yo tratara de enseñarte nada?

¿Qué es lo importante?

Un monje de gran devoción e instruido, cruzaba una vez un río en barca cuando al pasar al lado de un pequeño islote, oyó una voz de un hombre que muy torpemente intentaba elevar unas plegarias. En su interior no pudo por menos que entristecerse. ¿Cómo era posible que alguien fuera capaz de entonar tan mal aquellos mantras? Tal vez aquel pobre hombre ignoraba que los mantras debían recitarse con la entonación adecuada, el ritmo y la musicalidad precisas, con la pronunciación perfecta. Decidió entonces ser generoso y desviándose de su rumbo se acercó al islote para instruir a aquel desdichado sobre la importancia de la correcta ejecución de los mantras. No en vano, se consideraba un gran especialista y aquellos mantras no tenían para él ningún secreto. Cuando arribó, pudo ver a un pobre andrajoso de aspecto sosegado cantando unos mantras con poco acierto. El monje, con serena paciencia, dedicó algunas horas a instruir minuciosamente

a aquel individuo que a cada momento mostraba efusivas muestras de agradecimiento a su improvisado benefactor. Cuando entendió que por fin aquel sujeto sería capaz de recitar los mantras con cierta solvencia se despidió de él, no sin antes advertirle:

-Y recuerda, mi buen amigo, es tanta potencia de estos mantras, que su correcta pronunciación permite que un hombre sea capaz de andar sobre las aguas.

Pero apenas había recorrido unos metros con la barca, cuando oyó la voz de aquel hombre recitar los mantras aún peor que antes.

-Qué desdicha -se dijo a sí mismo-, hay personas incapaces de aprender nada de nada.

-Eh, monje -escuchó decir a su espalda muy cerca de él.

Al volverse vio al pobre andrajoso que, caminado sobre las aguas, se acercaba a su barca y le preguntaba:

-Noble monje, he olvidado ya tus instrucciones sobre el modo correcto de recitar los mantras. ¿Serías tan amable de repetírmelo de nuevo?

El peso de las creencias

Dos jóvenes monjes fueron enviados a visitar un monasterio cercano. Ambos vivían en su propio monasterio desde niños y nunca habían salido de él. Su mentor espiritual no cesaba de hacerles advertencias sobre los peligros del mundo exterior y lo cautos que debían ser durante el camino.

Especialmente incidía en lo peligrosas que eran las mujeres para unos monjes sin experiencia:

-Si veis una mujer, apartaos rápidamente de ella. Todas son una tentación muy grande.

No debéis acercaros a ellas, ni mucho menos hablar, por descontento, por nada del mundo se os ocurra tocarlas. Ambos jóvenes aseguraron obedecer las advertencias recibidas, y con la excitación que supone una experiencia nueva se pusieron en marcha.

Pero a las pocas horas, ya punto de vadear un río, escucharon una voz de mujer que se quejaba lastimosamente detrás de unos arbustos. Uno de ellos hizo ademán de acercarse.

-Ni se te ocurra -le atajó el otro-. ¿No te acuerdas de lo que nos dijo nuestro mentor?

-Sí, me acuerdo; pero voy a ver si esa persona necesita ayuda -contestó su compañero, Dicho esto, se dirigió hacia donde provenían los quejidos y vio a una mujer herida y desnuda.

-Por favor, socorredme, unos bandidos me han asaltado, robándome incluso las ropas. Yo sola no tengo fuerzas para cruzar el río y llegar hasta donde vive mi familia.

El muchacho, ante el estupor de su compañero, cogió a la mujer herida en brazos y, cruzando la corriente, la llevó hasta su casa situada cerca de la orilla. Allí, los familiares atendieron a la asaltada y mostraron el mayor agradecimiento al monje, que poco después reemprendió el camino regresando junto a su compañero.

-¡Dios mío! No sólo has visto a esa mujer desnuda, sino que además la has tomado en brazos.

-Así era recriminado una y otra vez por su acompañante. Pasaron las horas, y el otro no dejaba de recordarle lo sucedido.

-Has cogido a una mujer desnuda en brazos! ¡Has cogido a una mujer desnuda en brazos! ¡Vas a cargar con un gran pecado!

El joven monje se paró delante de su compañero y le dijo:

-Yo solté a la mujer al cruzar el río, pero tú todavía la llevas encima.

La dificultad de la percepción global

Una vez llegó un elefante a una ciudad poblada por ciegos. En esa ciudad se ignoraba qué y cómo era ese extraño y enorme animal, así que decidieron llamar a los más eruditos entre ellos para que elevaran un dictamen. El primero se acercó al animal y palpó concienzudamente sus patas. Al rato sentenció:

-Amigos, no hay duda. Un elefante es como una columna.

El segundo de ellos también se acercó al paquidermo y tocó a fondo sus orejas.

-Temo comunicaros que mi colega se ha equivocado. Un elefante es un gran abanico doble -dijo el segundo. El tercero, en cambio, centró su inspección en la trompa.

-Debo decir -proclamó- que mis dos colegas han errado en su apreciación. Es evidente que un elefante es como una gruesa sogá. De este modo cada erudito captó su propio grupo de defensores y detractores, iniciándose una polémica que hizo que llegaran a las manos. En esto llegó al pueblo un hombre que veía perfectamente, y ante aquella confusión preguntó el motivo de la disputa. Desordenadamente, cada grupo volvió a defender su opinión sobre lo que en verdad era un elefante. Oídos a todos, el hombre que veía trató de sacarles de su error explicando que cada erudito sólo había percibido una parte del elefante, por lo que les describió cómo era en realidad el animal. Pero los ciegos creyeron que aquel hombre estaba loco. Lo expulsaron de su poblado, y continuaron por los siglos debatiendo entre ellos sobre lo que creían debía ser un elefante.

No es lo mismo la fantasía que la realidad

Cuentan que había un rey a quien le gustaban mucho los dragones. Se hizo un gran experto en esta materia y su palacio estaba decorado con obras de arte que recreaban todo tipo de dragones, gran parte de sus joyas representaban dragones y su ropa estaba decorada con motivos de dragones. En sus jardines manaban fuentes con dragones de piedra e instauró una gran fiesta llamada el Festival del Dragón. Incluso afirmaba que sería capaz de dar cualquier cosa con tal de tener la oportunidad de ver a un dragón si es que éstos hubiesen existido.

Una noche, un fuerte ruido lo despertó. Un enorme animal estaba introduciendo su cabeza por la ventana y, al abrir sus fauces, lanzó una llamarada que casi alcanzó al rey. Era un dragón. El aterrorizado monarca llamó a gritos a su guardia, que acudió en tropel armada hasta los dientes.

-¡Matad a esa bestia! -ordenaba el rey fuera de control. Al cabo de una cruenta pelea, el extraordinario animal yacía muerto a las puertas de palacio.

Desde ese momento, al rey dejaron de gustarle los dragones.

Así es la vida

Un agricultor pacífico y tranquilo que vivía con su hijo vio un día que su único caballo se había escapado del establo. Los vecinos no dudaron en acercarse a su casa y condolerse por su mala suerte.

- Pobre amigo, qué mala fortuna. Has perdido tu herramienta de trabajo. ¿Quién te ayudará ahora con las penosas tareas del campo? Tú solo no podrás, y te espera el hambre y la ruina.

Pero el hombre únicamente contestó:

-Así es la vida.

Pero dos días después su caballo regresó acompañado de otro joven y magnífico ejemplar. Los vecinos esta vez se apresuraron a felicitarlo.

-¡Qué buena suerte, ahora tienes dos caballos.

Has doblado tu fortuna sin hacer nada! El hombre sólo musitó:

-Así es la vida.

Pero a los pocos días el padre y su hijo salieron juntos a cabalgar. En un tramo del camino, el joven caballo se asustó y tiró de la montura al muchacho, que se partió una pierna en la caída. Nuevamente los vecinos se acercaron a su casa.

-Sí que es mala suerte; si no hubiese venido ese maldito caballo, tu hijo estaría sano como antes, y no con esa pierna rota que Dios sabe si sanará.

El agricultor volvió a repetir:

-Así es la vida.

Pero ocurrió que en aquel reino se declaró la guerra y los militares se acercaron a aquella perdida aldea a reclutar a todos los jóvenes en edad de prestar servicio de armas. Todos marcharon al frente menos el hijo del agricultor, que fue rechazado por su imposibilidad de caminar. Los vecinos fueron otra vez a casa del agricultor, en esta ocasión con lágrimas en los ojos.

-¡Qué desgracia la nuestra, no sabemos si volveremos a ver a nuestros hijos; tú en cambio tienes en casa al tuyo con una pequeña dolencia!

El hombre, una vez más, dijo:

-Así es la vida.

El verdadero poder

Un hombre de corazón endurecido decidió hacerse discípulo de un sabio con fama de tener mucho conocimiento y poder. En realidad, lo que deseaba era llegar a convertirse en maestro él mismo y reunir miles de discípulos que lo venerasen y satisficieran todos sus caprichos. Pero el sabio, leyendo el corazón de aquel hombre, lo rechazó como discípulo. No obstante, no se dio por vencido. Corría el rumor de que el maestro poseía un talismán mágico que era la fuente de su poder y sabiduría, por lo que decidió averiguar si era cierto, y llegado el caso, robarlo. Por fin, una noche, después de mucho esperar y acechar, logró hacerse con el talismán. Pero aquel individuo, por más que manipulaba y estudiaba el talismán, no era capaz de adquirir un ápice de conocimiento ni poder aunque, no obstante, llegó a tener algunas centenas de pobres discípulos a los que enseñaba. Confiaba en que antes o después el talismán le relevase todos sus secretos.

Pero una noche, de repente, apareció en su estancia el maestro.

-Eres un pobre desgraciado que no conoce las consecuencia de sus actos -le espetó-.

Haces creer a esos pobres desgraciados que eres un maestro, y en realidad estás manipulando sus emociones y anhelos. Nadie te dio la potestad de enseñar. Esta potestad sólo puede otorgarla un hombre de conocimiento como yo. Y ni yo, ni nadie como yo te la dará jamás. Ahora devuélveme el talismán que me robaste .

Aquel hombre, sintiéndose atrapado, contestó lleno de ira:

-Está bien, tal vez yo no logre nunca el conocimiento y el poder, pero tú lo has perdido y por eso vienes a buscar el talismán mágico que otorga esos dones. Pues has de saber que no te lo devolveré nunca, antes te mataré o tendrás tú que matarme.

-Pobre desgraciado -dijo el maestro-, no te das cuenta de tu estupidez. ¡Yo soy un maestro y puedo hacer otro talismán! ¡Tú con el talismán no puedes ser un maestro!

Opiniones ajenas

Un abuelo y su nieto se encaminaron un día a una aldea vecina para visitar a unos familiares, por lo que se acompañaron de un borrico a fin de hacer más llevadera la jornada. Iba el muchacho montado en el burro cuando al pasar junto a un pueblo oyeron: -¡Qué vergüenza! El jovencito tan cómodo en el burro y el pobre viejo haciendo el camino a pie.

Oído esto decidieron que fuera el abuelo en la montura y el joven andando. Pero al pasar por otra aldea escucharon:

-¿Viste al egoísta? Él bien tranquilo en el burro, y el muchachito caminando.

Entonces acordaron que lo mejor sería montar los dos en el jumento y así atravesaron otro pueblo, donde unos lugareños les gritaron:

-¿Qué hacéis vosotros? Los dos subidos en el pobre animal. ¡Qué crueldad, vais a terminar reventándolo!

Vista la situación, llegaron a la conclusión de que lo más acertado era continuar a pie los dos para no tener que soportar más comentarios hirientes. Pero pasaron por otro lugar y tuvieron que oír cómo les decían:

-¡Tontos! ¿Cómo se os ocurre ir andando teniendo un burro?

Lo fundamental y lo accesorio

Un hombre se perdió en el desierto. Al cabo de unos días ya punto de morir de sed, vio que una caravana se acercaba. Como pudo, llamó la atención de los viajeros, que presurosos se dirigieron hacia el necesitado. Éste, con un hilo de voz apenas pudo decir:

-Aaaguaa.

-Pobre hombre, parece que quiere agua, rápido, traigan un pellejo -reclamó uno que parecía el jefe.

-Un pellejo no, por Dios -interpeló otro-, no tiene fuerzas para beber en un pellejo, ¿no se dan cuenta? Traíganos una botella y un vaso para que pueda hacerlo cómodamente.

-¿Un vaso de cristal? ¿Estás loco o qué te pasa? -protestó otro de los presentes-. ¿No ves que lo cogerá con tanta ansia que puede romperlo y dañarse? ¡Traigamos un cuenco de madera!

-Aaaguaa... susurró el moribundo.

-Creo que ustedes se han vuelto locos -agregó un cuarto hombre-. ¿Es que acaso no recuerdan que tenemos un vino excelente? Siempre lo reanimará más un buen vaso de vino que el agua. ¡Traigamos el vino!

-Beebeer -imploró el sediento con sus últimas fuerzas.

-Seguro que el desierto los ha hecho perder el juicio. ¿Cómo vamos a darle vino sin saber si este hombre es musulmán? ¡Estaríamos obligándolo a cometer un gran pecado! Preguntémosle antes si es religioso -solicitó otro hombre de aspecto bondadoso.

-Pero ¿es que de verdad piensan darle de beber aquí a pleno sol? Antes tenemos que ponerlo a la sombra; yo tengo ciertos conocimientos de medicina y les digo que este hombre está ardiendo de fiebre y agotado. Llémoslo a la caravana y pongámoslo en una cama -intervino otro de los presentes.

A los mercaderes no les dio tiempo a discutir más, aquel hombre acababa de fallecer en sus brazos.

Otro punto de vista

Un paseante vio una vez a un pastor que, subido a una escalera, daba de comer de las tiernas ramas de un árbol a una cabra que llevaba en brazos. A cada rato debía bajarse de la escalera y buscar una nueva posición donde subirse, para que la cabra comiera hojas verdes. Intrigado, preguntó a aquel hombre:

-¿Qué haces ahí subido a la escalera?

-¿No lo ves? -contestó el pastor-. Doy de comer a la cabra.

-¿Y cómo se te ocurre hacer eso? -volvió a preguntar de nuevo-. No ves que así vas a tardar muchísimo tiempo?

-¿Y qué prisa tiene la cabra?

Interpretando los símbolos

Una vez un monje mendicante llegó a un monasterio en busca de alojamiento. Según la tradición lo normal era entablar con el recién llegado un debate sobre distintos aspectos de la enseñanza budista en el que se ponía a prueba tanto al huésped como a los monjes del cenobio. Pero aquel día todos estaban muy cansados, así que el abad decidió que el debate corriera a cargo de un monje que, además de tuerto, tenía pocas luces.

El abad decidió aconsejarlo:

-Como no tienes mucho conocimiento ni facilidad de palabra, procura que el debate se haga en silencio, y además intenta que sea lo más corto posible.

A la mañana siguiente, el abad se encontró con el visitante, que ya partía.

-¿Qué tal fue el debate? -preguntó.

-Puedes sentirte satisfecho de tus monjes, él dijo ser el más torpe de todos, pero confieso que me derrotó claramente por su elevada comprensión del budismo.

-Cuéntame cómo fue el diálogo -rogó el abad.

-Para empezar, yo levanté un dedo, queriendo expresar al Buda. Él contestó levantando dos dedos, haciéndome ver que una cosa era el Buda y otra sus enseñanzas. Yo entonces levanté tres dedos, indicando al Buda, su enseñanza y sus monjes. Pero a continuación él lanzó un puño contra mi cara haciéndome entender que todo parte de una comprensión única y definitiva. No supe qué contestar, así que, derrotado, me marché de tu monasterio.

Instantes después apareció el monje tuerto, y el abad le pidió el relato de lo ocurrido en el debate.

-Ese hombre era un maleducado, empezó levantando un dedo recordándome que yo tenía solo un ojo; yo fui benevolente y levanté los dos dedos en señal de que él afortunadamente tenía los dos ojos, pero insistió en el insulto al levantar los tres dedos mostrando que entré él y yo teníamos tres ojos, así que le di un puñetazo. Entonces se levantó y se dio la vuelta sin decir nada.

Cielo e infierno cercanos

Un samurai fue a visitar a un viejo sabio para plantearle una duda que lo atormentaba.

-Señor, estoy aquí porque necesito saber si existen el infierno y el paraíso.

-¿Quién lo pregunta? -contestó el maestro.

-Un guerrero samurai.

-¿Tú un samuray? -se burló el maestro-. ¿Con esa cara de idiota que tienes?
El guerrero no daba crédito a lo que oía.
-Seguro que además de estúpido eres un cobarde -se mofó de nuevo.
La ira se adueñó del samurai que desenvainó instintivamente su sable.
-¡Ahora se abren las puertas del infierno! -gritó el anciano.
El guerrero comprendió de súbito la actitud del maestro y guardó su sable avergonzado.
-¡Ahora se abren las puertas del paraíso! -exclamó de nuevo el maestro.

La prisión del odio

Dos hombres habían compartido injusta prisión durante largo tiempo en donde recibieron todo tipo de maltratos y humillaciones. Una vez libres, volvieron a verse años después. Uno de ellos preguntó al otro:
-¿Alguna vez te acuerdas de los carceleros?
-No, gracias a Dios ya lo olvidé todo -contestó-. ¿y tú?
-Yo continúo odiándolos con todas mis fuerzas -respondió el otro.
Su amigo lo miró unos instantes, luego dijo:
-Lo siento por ti. Si eso es así, significa que aún te tienen preso.

¿Quién se atreve a juzgar?

Ocurrió una vez que en un pueblo murió de vejez el juez. Como tardaba en llegar el sustituto y los casos se acumulaban, los ciudadanos decidieron nombrar en el puesto interino a un convecino suyo a quien todos respetaban por su sabiduría y sentido de la justicia.
Al día siguiente le llegó el momento de presidir un juicio. Empezó hablando el fiscal, que, de un modo brillante y elocuente, convenció a todos los presentes sobre la culpabilidad del reo.
-¡Tiene razón el fiscal! -exclamó el improvisado juez.
-Señoría, aún debe oír al abogado -le recordó el secretario del juzgado.
Tomó entonces la palabra el abogado, que, en brillantísima exposición, también convenció a los presentes sobre la inocencia de su defendido.
-También tiene razón el abogado -dijo el Juez.
-¡Pero señoría! -volvió a intervenir el secretario-. ¡No es posible que tengan razón los dos!
-¡EI secretario tiene razón también! - Dicho lo cual, el juez dio por terminado el juicio.

Milagros sin significado

Un anciano maestro mandó a sus discípulos a recorrer mundo con el encargo de que le trajeran noticia del acontecimiento más maravilloso que hubiesen contemplado durante su viaje. Al cabo de muchos meses regresó uno de ellos y empezó a narrarle lo siguiente:
-Maestro, lo más increíble y maravilloso que he contemplado en estos largos meses ocurrió un día en que estaba a punto de tomar una barcaza que cruzaba un caudaloso río. En el momento de zarpar, llegó un pobre anciano que le pidió al barquero que por caridad lo llevase a la orilla ya que no disponía de dinero.

El dueño de la barca se negó airadamente y soltó amarras con toda rapidez, de tal modo que la barca se adentró en la corriente. Pero en ese momento, y ante la mayor sorpresa de todos, el anciano cerró los ojos, entró en un estado de arrebatamiento ¡Y comenzó a caminar sobre las aguas hasta que vadeó el río! ¿No es asombroso? ¿No es eso un milagro?

-¿Cuánto costaba el pasaje de la barca? -preguntó el maestro.

-Sólo dos monedas -respondió el discípulo.

-Pues esas dos monedas es todo el valor del milagro que has contemplado.

Auténtico conocimiento

Cuentan que, en un país lejano, los discípulos de una orden mística eran sometidos a pruebas muy duras. Un día, un maestro reunió a varios de ellos y les dijo:

-Ayer, unos aspirantes a la maestría fueron sometidos a un examen, quiero que vosotros me deis vuestra opinión sobre quién ha sido el triunfador de la prueba, y así podré conocer vuestra capacidad de comprensión. Acompañadme y os explicaré los detalles. Caminaron juntos un trecho hasta que llegaron a un lugar donde se abrían unos pozos. El maestro continuó hablando:

-La prueba era muy sencilla. En cada uno de esos cinco pozos repletos de serpientes venenosas, se encerró a los candidatos con el objetivo de que pasaran la noche allí. Acerquémonos y veamos el resultado.

Así, cuando se asomaron al primer pozo, observaron que sólo estaban las serpientes. En el segundo pozo, vieron muerto al candidato rodeado de serpientes. En el tercer pozo, observaron al candidato tranquilamente sentado en medio de todas las serpientes muertas. En el siguiente pozo contemplaron cómo el cuarto hombre dormía a pierna suelta al lado de una pequeña hoguera sin que hubiera ninguna serpiente a su alrededor. Por último, en el quinto pozo, vieron cómo el candidato se encontraba en postura de meditación y con el rostro lleno de serenidad mientras las serpientes recorrían plácidamente su cuerpo.

-Bien -dijo el maestro-, quiero que ahora me digáis quién es el candidato que ha triunfado en la prueba, argumentándome vuestras conclusiones.

Después de una pequeña deliberación en la que constataron que todos estaban de acuerdo, un portavoz se dirigió al maestro:

-Creemos que el ganador es el hombre que está meditando en el quinto pozo. En el primero, parece evidente que el hombre huyó. El segundo murió envenenado por las serpientes. El tercero hizo un acto de valor matándolas, pero sólo se desembarazó del problema. El cuarto candidato dio muestras de inteligencia al utilizar el fuego para que las serpientes huyeran. En cambio, el último hombre consiguió tal control sobre sí mismo, y alcanzó tal grado de paz interior que hasta esos peligrosos animales han demostrado mansedumbre ante él.

-Vuestras conclusiones son producto de las apariencias y no de la realidad, mucho más simple -dijo el maestro-. Y todo porque el punto de partida es falso: la verdad es que las serpientes no son venenosas. Ciertamente, el primer candidato huyó creyéndose en peligro, el segundo murió presa de su propio miedo a morir, el tercero mató a unos pobres animales inofensivos, el quinto realizó un esfuerzo de concentración y control innecesarios en una situación que no lo requería. Sólo el cuarto candidato tenía un conocimiento real: él sabía que aquellos animales no eran en absoluto peligrosos, por eso se tumbó tranquilamente a dormir, aunque antes prefirió encender una hoguera para calentarse y sacar del pozo a las serpientes para estar más cómodo.

Falsas señales de santidad

Un hombre decidió buscar a un maestro de quien poder aprender tanto de su conocimiento como de su ejemplo. Un amigo se enteró de sus intenciones y se prestó a ayudarlo:

-Yo conozco a un hombre santo que vive en la montaña; si quieres, te acompañaré a visitarlo.

Ambos iniciaron el camino en medio de una nevada y, a media jornada, se sentaron a descansar al lado de una fuente. El buscador preguntó a su amigo:

-¿Cómo sabes que ese ermitaño es un hombre santo?

-Por su conducta --contestó éste-. Viste siempre túnica blanca en señal de pureza, come hierbas y bebe agua, lleva clavos en los pies para mortificarse, a veces rueda desnudo por la nieve y tiene un discípulo que le da periódicamente 20 latigazos en la espalda. En ese momento apareció un caballo blanco que, después de beber agua en la fuente y morder unas hierbas, se puso a rodar por la nieve. Al verlo, el buscador se levantó y dijo a su amigo:

-¡Me voy, ese animal es blanco, come hierba y bebe agua, lleva clavos en sus cascos, le gusta tirarse por la nieve y seguro que recibe a la semana más de 20 latigazos. Sin embargo, no es más que un caballo.

¿Quién está más loco?

Unos hombres fueron a inspeccionar un manicomio famoso por el acertado tratamiento que allí se les daba a los pacientes. Entre los muchos enfermos encontraron a uno de ellos extremadamente sonrojado y que desprendía un gran calor.

Preguntaron a los médicos encargados sobre aquel caso tan singular.

-Es el enfermo más antiguo del hospital -contestaron aquellos sabios-. Ese hombre se cree un horno.

-¿Y cómo con sus conocimientos no han podido curarlo aún?

-Bueno...verán -se excusaron los médicos-, lo que ocurre es que hace un pan excelente.

Las respuestas de Dios

Un hombre muy devoto vivía en una casa algo alejada de una aldea. Llegada la época de las lluvias, éstas aparecieron con una fuerza desacostumbrada. Al cabo de una semana de llover sin parar, vio cómo algunos aldeanos con sus pertenencias se alejaban del lugar pasando frente a su puerta.

-Vecino -le dijeron-, dicen que todavía lloverá mucho más, y esta es una zona que puede inundarse fácilmente. Sube a nuestro carro y nosotros te ayudaremos a cargar tus cosas.

-Gracias amigos -contestó el hombre devoto-, pero no estoy preocupado. Dios me ayudará si llega el caso. Y como acostumbraba, esa noche rezó, pidiendo a Dios que lo mantuviera fuera de peligro.

Pero continuó lloviendo dos semanas más. El agua ya había penetrado en su casa y le llegaba hasta las rodillas. Los últimos habitantes de la aldea le gritaron desde sus barcas al tiempo que remaban apresuradamente:

-Vecino, no te demores ni un instante en venir con nosotros, no pierdas tiempo en recoger nada.

Las aguas amenazan con subir aún más.

-Gracias, pero no os preocupéis por mí. Marchad tranquilos, que Dios no me dejará desamparado, seguro que mañana deja de llover -contestó desde el armario donde estaba subido. Y esa noche la pasó rezando y pidiendo a Dios que no lo abandonara en aquella situación, sin duda ya angustiada.

Durante la semana siguiente las aguas fueron subiendo indefectiblemente, de tal modo que nuestro hombre terminó encaramado en el punto más alto del tejado. Aun así, no dejó de rezar ni un instante solicitando la ayuda de Dios, confiando ciegamente en la divina providencia. Estando en esta situación se acercó por allí un equipo de salvación perfectamente pertrechado.

-Prepárese, que vamos a salvarlo. Ha tenido suerte que pasásemos por aquí, las lluvias no amainan y la situación es cada vez peor; pero no se preocupe, aquí estamos nosotros para salvarle la vida -le gritó el jefe del equipo.

-Se equivoca, buen hombre -contestó el devoto-, mi vida sólo está en manos de Dios y él no permitirá que muera, seguro que mañana mismo deja de llover y en unos días todo vuelve a la normalidad. Esto es una prueba que Dios me manda para probar mi fe, pero yo confío en su infinita sabiduría.

Oído esto, aquellos hombres decidieron dar media vuelta, pensando que no merecía la pena esforzarse en ayudar a un loco que no quería salvarse.

Como continuó lloviendo, el hombre devoto murió ahogado al día siguiente y su alma llegó ante la presencia de Dios.

-Señor, estoy frustrado, defraudado y desconcertado. ¿Por qué te negaste a socorrerme? Sabes que recé sin parar pidiéndote que no me abandonarás. ¿Por qué lo hiciste? -preguntaba aquel alma entre desconsolados sollozos. -Mi confianza en tu ayuda era absoluta.

La voz de Dios sonó como un trueno.

-¿Cómo que me negué a ayudarte? Nadie tiene la culpa de que seas un completo idiota. ¿Quién crees que te envió a los vecinos del carro, a los de las barcas y al equipo de salvamento?

Empezar por lo pequeño

Un asceta meditaba profundamente en su cueva cuando se sintió molestado por un ratoncillo que se puso a roer sus ropas.

-Márchate estúpido -dijo el ermitaño-. ¿No ves que has interrumpido mi meditación?

-Es que tengo hambre -contestó el ratón.

-Llevaba más de treinta días de meditación buscando la unidad con Dios y me has hecho fracasar -se lamentó el ermitaño.

-¿Cómo buscas la unidad con Dios si no puedes siquiera sentirte unido a mí que sólo soy un simple ratón? -respondió el roedor.

¿Forma esto parte de mí?

Cuentan que un hombre sufría con gran frecuencia ataques de ira y cólera, así que decidió un día abordar esta situación. Para ello se fue al encuentro de un viejo sabio con fama de conocer la naturaleza humana. Cuando llegó a su presencia, habló de este modo:

-Señor, quiero solicitar tu ayuda, ya que tengo fuertes arranques de ira que están haciendo mi vida muy desgraciada. Yo sé que soy así, pero también sé que puedo cambiar si usted me aconseja.

Lo que me cuentas es muy interesante -dijo el anciano-. De todas maneras, para poder tratar bien tu problema es necesario que me muestres tu ira y así pueda saber de qué naturaleza es.

-Pero ahora no tengo ira -argumentó el hombre.

-Bien -contestó el anciano-, lo que tendrás que hacer en este caso es que la próxima vez que la ira te invada, has de venir lo más deprisa posible a enseñármela.

El hombre iracundo se mostró de acuerdo y regresó a su casa. Pero pocos días después se encontró de nuevo con otro ataque de cólera y marchó rápidamente a ver al anciano. Sin embargo, ocurría que el viejo habitaba en lo más alto de una colina muy alejada, así que cuando por fin alcanzó la cima y se presentó al sabio...

-Señor, estoy aquí de nuevo como me dijiste.

-Estupendo, muéstrame tu ira.

Pero al pobre hombre se le había pasado la ira durante la subida.

-Es posible que no hayas venido lo suficientemente rápido -dijo el anciano-. La próxima vez corre mucho más deprisa y así llegarás todavía con ira.

Pasados unos días, al hombre le asaltó otro fuerte ataque de cólera y recordando la recomendación del sabio, comenzó a correr cuesta arriba todo lo rápido que pudo. Cuando media hora después llegó completamente agotado a casa del viejo, éste le reprendió severamente:

-Esto no puede continuar así, otra vez llegas sin ira. Creo que debes esforzarte aún más y tratar de subir las cuestas mucho más deprisa. De otro modo no voy a poder ayudarte. El hombre marchó entristecido, jurándose a sí mismo que la próxima ocasión correría con todas sus fuerzas para llegar a tiempo de mostrar su ira.

Pero no ocurrió así. Una y otra vez subía la cuesta, ya cada ocasión llegaba más y más fatigado y desde luego sin un asomo de ira.

Un día que llegó especialmente extenuado, el maestro, por fin, le dijo:

-Creo que me has engañado. Si la ira formara parte de ti, podrías enseñármela. Has subido a mi casa veinte veces y nunca has sido capaz de mostrarla. Esa ira no te pertenece. No es tuya. Te atrapa en cualquier lugar y con cualquier motivo y luego te abandona. Por tanto, la solución es fácil: la próxima vez que quiera llegar a ti, no la recojas.

Saberlo o no saberlo

Un caminante llegó a un pueblo donde se anunciaba la actuación del “hombre maravilloso”, un personaje que, según contaba el pregonero, era capaz de realizar milagros.

El viajero se colocó en lugar de privilegio para ver el número, y, empezado éste, observó que, en efecto, aquel hombre realizaba prodigios tan grandes como el de crear objetos de la nada. Terminada la función, se acercó al «hombre maravilloso» y le preguntó:

-¿Dónde está el truco de los fenómenos que realizas?

-No hay ningún truco -contestó éste.

-¿Quieres decirme que eres capaz de crear de la nada? -volvió a inquirir.

-Así es -contestó de nuevo.

-Eso es imposible -gritó el viajero. Sólo puede crear Dios. ¿Es que acaso tú eres Dios?

-Así es -volvió a responder el “hombre maravilloso”.

Lleno de indignación ante aquella irrespetuosa manifestación, el viajero gritó burlándose:

-¡Tú eres tan Dios como puedo serlo yo!

-Así es también -respondió de nuevo-, sólo que hay una pequeña diferencia entre tú y yo.

-¿Cuál es? -preguntó intrigado el caminante.

-Que yo lo sé y tú no.

Comprender lo que uno mismo dice

Un maestro y su discípulo caminaban por un prado. En su paseo iban oyendo las voces de distintas criaturas: el mugido de las vacas, el trinar de los pájaros, el balar de las ovejas, el relinchar de las caballerías. . .

-Si tan sólo pudiera comprender un instante lo que dicen -dijo en un suspiro el discípulo refiriéndose a los animales.

Mucho más importante para ti sería si tan sólo pudieras comprender un instante la verdadera esencia y significado de lo que tú mismo dices -respondió el maestro.

La importancia de lo inmediato

Un monje errante con hambre y sed de varios días visitó un pueblo y ofreció en la plaza pública un hermoso sermón que versaba sobre las venturas de los santos en el cielo.

Finalizado el discurso, una mujer de aspecto acaudalado le preguntó:

-Todo lo que ha dicho me ha interesado mucho, pero hay algo que me preocupa. ¿Puede decirme qué es lo que comen y beben esos santos en el cielo?

-Mujer ignorante -clamó el monje-, me preguntas qué comen los santos en el cielo, y no se te ocurre preguntarme qué es lo que yo como.

No es lo mismo pedir que ofrecer

Un rey había fijado unas horas al día para que cualquier súbdito pudiera tener audiencia.

Una mañana llegó un mendigo fuera de las horas señaladas y pidió ver al rey. Los guardias se burlaron de él y le preguntaron si no conocía la ley. El mendigo contestó:

-La conozco perfectamente, pero es válida sólo para aquellos que quieren pedir al rey cosas que ellos mismos necesitan; yo, en cambio, quiero hablar con el rey sobre las cosas que el reino necesita.

El mendigo fue admitido en el palacio inmediatamente.

Interpretando según convenga

Un día de lluvia torrencial un vecino corría presuroso buscando cobijo, cuando un hombre devoto le preguntó:

-¿Por qué corres?

-Corro para no mojarme -contestó.

-¿No sabes, desgraciado, que el agua de lluvia es una bendición divina? ¡Disfruta de ella! -le increpó el religioso.

Impresionado, el vecino comenzó a caminar despacio, calándose hasta los huesos.

Ocurrió que, otro día, el vecino vio al devoto corriendo bajo la lluvia.

-¿Has olvidado ya que la lluvia es una bendición del Señor? -preguntó irónico.

-Precisamente por eso corro a fin de no pisar esta bendita agua -respondió mientras se perdía calle abajo.

Pedir el favor completo

Un hombre de condición humilde había perdido su herramienta de trabajo y pedía a los cielos el poder recuperarla encomendándose a un santo particular.

-Si haces que la encuentre, prometo que entregaré tres monedas de oro en ofrenda -decía entre sollozos.

Al cabo de un rato, encontró lo perdido y exclamó:

-Oh, poderoso santo, que has logrado que encuentre mi herramienta, haz, por favor, que encuentre ahora tres monedas de oro.

Sin percepción correcta no hay juicio correcto

Un jinete vio que un escorpión venenoso se introducía por la garganta de un hombre que dormía tumbado en el camino. El jinete bajó de su cabalgadura y con el látigo despertó al hombre dormido a la vez que le obligaba a comer unos excrementos que había en el suelo. Mientras, el hombre chillaba de dolor y asco:

-¿Por qué me haces esto? ¿Qué te he hecho yo?

El jinete continuaba azotándolo y obligándole a comer los excrementos.

Instantes después, aquel hombre vomitó arrojando el contenido del estómago con el escorpión incluido. Comprendiendo lo ocurrido, agradeció al jinete el haberle salvado la vida, y después de besarle la mano insistió en entregarle una humilde sortija como muestra de gratitud. Al despedirse le preguntó:

-Pero ¿por qué sencillamente no me despertaste? ¿Por qué razón tuviste que usar el látigo?

-Había que actuar rápidamente -respondió el jinete-. Si sólo te hubiera despertado, no me habrías creído, te habrías paralizado con el miedo o habrías escapado. Además, de modo alguno hubieses tomado los excrementos, y el dolor de los azotes provocaba que te convulsionases, evitando que el escorpión te picara.

Dicho lo cual, partió al galope hacia su destino.

No lejos de allí, dos hombres de una aldea vecina habían sido testigos del episodio.

Cuando regresaron junto a sus paisanos, narraron lo siguiente:

-Amigos, hemos sido testigos de unos hechos muy tristes que revelan la maldad de algunos hombres. Un pobre labrador dormía plácidamente la siesta a la vera de un camino, cuando un orgulloso jinete entendió que obstaculizaba su paso. Se bajó de su caballo y con el látigo comenzó a azotarlo por tan mínima falta. No contento con eso, le obligó a comer excrementos hasta vomitar, le exigió que le besara la mano y además le robó una sortija. Pero no os preocupéis, a la vuelta de un recodo hemos esperado al arrogante jinete y le hemos propinado una buena paliza por su deplorable acción.

Siempre «si Dios quiere»

Un vecino se encontró a otro por el camino.

- ¿Donde vas, amigo? -preguntó.

-Voy al mercado a comprar un burro -contestó el otro.

-Será si Dios quiere.

-No hace falta en este caso decir «si Dios quiere»; tengo dinero, y en el mercado venden burros, así que no hay duda de que regresaré con un burro.

-Acuérdate que siempre hay que decir si Dios quiere -volvió a recordarle el amigo. Pero camino del mercado, unos bandidos robaron la bolsa con el dinero del vecino. Sin embargo, dispuesto a no regresar a casa sin el jumento, negoció con el vendedor de burros y lo convenció de que se lo entregara con la promesa de que en breve se lo pagaría a un precio más alto. De vuelta a su casa, otros bandidos le robaron el burro y le dieron además una buena tunda.

Ya de anochecida, el pobre hombre venía de regreso por el camino, cuando se encontró de nuevo con el amigo.

-¿De dónde vienes con ese aspecto? -preguntó.

-Me han robado el dinero «si Dios quiere», también me han robado el burro «si Dios quiere», tengo una deuda que no sé como pagaré «si Dios quiere», me han dado una paliza «si Dios quiere», voy a que me vea el médico «si Dios quiere», y ¡maldito sea tu padre «si Dios quiere»!

El mismo tipo de pago

Dos hombres se presentaron ante el juez de la localidad.

-Señoría -dijo el primero-, vengo a demandar a este individuo porque ha vendido toda la leña que ha cortado y no quiere darme mi parte.

-Si él ha cortado la leña, ¿qué es lo que tú has hecho? -interrogó el magistrado.

-Yo lo he estimulado dándole gritos de aliento y ánimo constantemente, eso ha provocado que cortara más leña de la habitual y que le pagaran una cantidad superior a la que normalmente recibe.

El juez se quedó pensando unos instantes.

-Lo que reclama este hombre es justo -sentenció-. Leñador, dame la bolsa con el dinero que has recibido y entregaremos la parte que le corresponde a este hombre.

El juez cogió la bolsa del compungido leñador y la agitó ante la cara del hombre hasta que sonaron las monedas dentro.

-Éste es tu pago: ya tienes el sonido del dinero.

Rutina o conciencia

Un joven discípulo se acercó a su maestro y le preguntó:

-Señor, cómo podemos huir de la rutina: todos los días nos vestimos, comemos...

El maestro contestó:

-No vestimos y comemos.

-No comprendo -dijo el joven.

-Si no comprendes, ponte la ropa y come -respondió el maestro.

La magnitud del problema

Un monje le dijo una mañana a su maestro que tenía un problema que deseaba comentar con él, y éste le contestó que esperase hasta la noche.

Llegada la hora de dormir, el maestro se dirigió a todos los discípulos preguntando:

-¿Dónde está el monje que tenía un problema? ¡Que salga aquí ahora!

El joven, lleno de vergüenza, dio un paso al frente.

-Aquí hay un monje que ha aguantado un problema desde la mañana hasta la noche y no se ha preocupado en resolverlo. Si tu problema hubiese consistido en que tenías la cabeza debajo del agua, no habrías aguantado más de un minuto con él.
¿Qué clase de problema es ese que eres capaz de soportarlo durante horas? -preguntó el maestro.

Naturaleza destructiva

Ocurrió que un escorpión deseaba vadear un río cuando acertó a pasar por allí una rana que tenía la misma intención.

-Rana -dijo el escorpión-, quiero cruzar el río pero yo no sé nadar. ¿Por qué no me ayudas llevándome a tu espalda?

-¿Cómo voy a llevarte? Eres muy peligroso, tu veneno es mortal y seguro que me picarías.

- Te aseguro que no te atacaré -protestó el escorpión-. Tienes la certeza de ello, ya que si te picase yo también moriría cuando tú te hundieras.

Este argumento convenció a la rana, que, con el escorpión ya subido a su espalda, comenzó a cruzar el río. Pero justo en medio de la corriente, sintió el doloroso picotazo de la alimaña clavándose en su carne.

-¿Por qué lo has hecho? -acertó a preguntar instantes antes de morir.

-Lo siento mucho, ranita, pero es mi naturaleza -respondió el escorpión mientras se hundía en las aguas para siempre.

Verdadero maestro, verdadero discípulo

Dos viajeros, uno que venía del norte y otro que venía del sur, se encontraron casualmente en un punto del sendero y decidieron continuar juntos para hacer más llevadero el camino. Uno de ellos preguntó al otro:

-¿Hacia dónde te diriges?

-Voy a donde pueda encontrar un maestro, un auténtico maestro, llevo años de búsqueda incansable viajando por el mundo -contestó el hombre que venía del sur -pero no desespero, sé que encontrar un auténtico maestro es muy difícil, su aparición en el mundo es muy rara y por tanto la posibilidad de encontrarlo es también muy escasa.

-¿Y qué harás cuando lo encuentres? -volvió a preguntar el compañero.

-¡Oh, qué gran momento será ese! Me postraré a sus pies, mi corazón se estremecerá y mis ojos seguramente derramarán lágrimas. Dios quiera que algún día pueda vivir ese momento -contestó.

Pasaron las jornadas y ambos compartieron diversas vivencias cotidianas además de la comida de cada día y el fuego por las noches.

Una mañana, el hombre que venía del norte, dijo:

-Ha llegado el momento de separarnos, tú sigue tu camino, que yo seguiré el mío.

-¿Adónde irás? -preguntó su compañero.

-Continuaré mi búsqueda.

-¿Qué búsqueda?

-La de un auténtico discípulo. Encontrar una persona así en el mundo es algo extraordinariamente raro. Es verdaderamente raro que alguien sea capaz por sí mismo primero de reconocer a un auténtico maestro, y después de mostrar el comportamiento y la actitud correctas que le permitan aprender.

Instantes después, el hombre que venía del sur, pudo ver como el Maestro de su época se alejaba por el camino.

Hacerlo a tiempo

En una pequeña laguna vivían tres peces. Un día vieron que un pescador se había acercado a la orilla y preparaba su red de pesca. Después de deliberar, decidieron adoptar la estrategia de saltar fuera de la charca y hacerse pasar por muertos intentando adoptar una posición inmóvil y aguantando la respiración. Uno de ellos pasó a la acción rápidamente, por lo que, tomando impulso, saltó a los pies del pescador aunque se le olvidó estarse quieto y aguantar la respiración. Éste, atónito por la rara actitud del pescado, lo observó y, ante la sospecha de que aquel pez pudiera estar enfermo o algo parecido, resolvió tirarlo al agua. Una vez en su elemento, nadó rápidamente hasta refugiarse en un pequeño escondite. El segundo pez hizo lo mismo, y aunque se estuvo quieto no logró aguantar sin respirar. El pescador se extrañó de ver otro pez a sus pies, pero esta vez decidió cogerlo y meterlo en la bolsa.

Afortunadamente para el animal, el pescador olvidó cerrarla así que el pez, haciendo un gran esfuerzo, pudo escapar y volver al agua. Finalmente, el último pez hizo lo mismo que sus compañeros, saltando a la orilla, siendo el único capaz de estar completamente inmóvil y aguantar la respiración. Pero el pescador, harto ya de aquella extraña actitud de los peces, lo metió en la bolsa, se aseguró de que estaba bien cerrada y se marchó a su casa a preparar el sabroso pescado para comer.

No es fácil imitar a la naturaleza

Un rey convocó en una ocasión un concurso para premiar al artista capaz de realizar una obra que imitase a la naturaleza, de tal modo que nadie fuera capaz de distinguirla del modelo original. Se presentaron muchas esculturas magníficas, de gran belleza y delicadeza, pero comparadas con el modelo natural, todas ellas podían ser diferenciadas por un motivo u otro. Pero un día se presentó un viejo artista que mostró al jurado una cesta llena de hojas verdes.

Durante años había estado el escultor trabajando con un jade hasta finalizar aquella pieza maestra absolutamente idéntica a unas hojas de verdad. Hasta el más mínimo detalle, hasta el más ligero matiz estaban presentes en aquella escultura excepcional. Examinadas las hojas presentadas por el viejo escultor, ninguno de los presentes fue capaz de distinguir cuál de todas ellas era la pieza artificial y cuáles eran las naturales. Lógicamente, el premio le fue concedido de inmediato. Feliz por aquel resultado, el rey mandó llamar a su sabio consejero.

-Contempla, mi buen amigo, la obra maestra que ha ganado el concurso. Seguro que nadie es capaz a simple vista de distinguirla de unas hojas verdaderas. Este irreplicable artista ha estado trabajando más de diez años en su obra, y ha demostrado que la mano del hombre es capaz de igualar en belleza a la naturaleza. Me gustaría conocer tu opinión.

-Mi opinión es que si un árbol tardase más de diez años en hacer unas hojas, ¡apañados estaríamos! -contestó el consejero entre risas.

Falso conocimiento

Un hombre se presentó a un maestro con la solicitud de que lo aceptase como discípulo. El maestro lo interrogó acerca de sus conocimientos:

-¿Qué es para ti lo real?

- Todo lo que nos envuelve es fenoménico. La verdadera naturaleza de lo real es el vacío -contestó el hombre.

En aquel mismo momento el maestro le pegó un fuerte golpe. Lleno de ira, el visitante se levantó amenazante.

-Si todo es vacío, ¿de dónde te viene esa furia?

-preguntó el maestro.

Auténtico milagro

Un hombre se presentó a un maestro y le dijo:

-Mi anterior maestro ha muerto. Él era un hombre santo capaz de hacer muchos milagros. ¿Qué milagros eres tú capaz de realizar?

-Yo cuando como, como; cuando duermo, duermo -contestó el maestro.

-Pero eso no es ningún milagro, yo también como y duermo.

-No. Cuando tú comes, piensas en mil cosas; cuando duermes, fantaseas y sueñas. Yo sólo como y duermo. Ese es mi milagro.

El verdadero interés

Un rey tuvo noticias de que en su reino vivía un santo asceta capaz de hacer grandes prodigios, por lo que decidió llamarlo a palacio.

-Me han dicho que eres una persona de grandes poderes. ¿Serías capaz de permanecer enterrado un año y sobrevivir? -preguntó el monarca-. Si logras superar tal prueba, te recompensaré con este fabuloso diamante -y el rey le mostró una enorme y brillante piedra preciosa.

-Desde luego, majestad -contestó el asceta-, puedo suspender mi respiración y mis constantes vitales durante ese largo periodo de tiempo. Puede demostrar que mis capacidades físicas están muy por encima de los límites habituales, pues durante años me he sometido a un durísimo entrenamiento.

Se hicieron los preparativos, y el asceta fue enterrado a cuatro metros de profundidad. Para asegurarse de que no pudiera haber engaño, el monarca dio orden de que día y noche, durante un año completo, hubiese un cuerpo de guardia vigilando aquella fosa. Transcurrido el plazo, el rey, la nobleza y centenares de curiosos, se reunieron ante la tumba esperando el resultado de la prueba. Pasaron unos minutos de gran intensidad hasta que los guardias cavaron los cuatro metros que les separaban del santo. Atónitos, vieron que aquel hombre emergía vivo de entre la tierra gritando:

-¡Por Dios! ¿Dónde está el diamante prometido?

¿Emociones verdaderas?

Cuentan que, en China, un hombre ya anciano decidió regresar al lugar donde había nacido y del que salió siendo muy joven. En el camino se unió a un grupo de viajeros que seguían la misma ruta y les explicó su deseo de volver a la tierra que lo vio nacer. Después de varias monótonas jornadas, aquellos hombres decidieron divertirse a costa del viejo.

-Mira, anciano, estamos llegando a la tierra de tus antepasados, esas montañas que vemos las contemplaron tus ojos cuando eras niño.

El viejo, a pesar de no recordar nada, se sintió dichoso de ver aquellas cumbres.

Horas después llegaron a unas casas en ruinas.

-Mira, anciano, seguro que entre estas piedras jugaste en tu infancia.
El viejo, al ver aquel pueblo abandonado, no pudo dejar de emocionarse. Al rato, llegaron a un olvidado cementerio.
-Mira esas tumbas -le dijeron, continuando la broma-. Aquí con seguridad están enterrados tus padres, y los padres de tus padres.
Al oír estas palabras, el anciano no pudo contener la emoción, y estalló en lágrimas. Arrodillado frente a aquellas tumbas, a aquel viejo le venían a la memoria mil y un recuerdos de su niñez, le inundaban el corazón viejas y añoradas sensaciones, la nostalgia invadía su alma con un caudal de emociones.
Pero viendo aquella escena, los viajeros se compadecieron del anciano y acordaron contarle la verdad.
-Sentimos decirte esto, pero la verdad es que queda aún mucho camino hasta que lleguemos a la patria de tus antepasados. Decidimos gastarte esta broma sólo por entretenernos. Te rogamos aceptes nuestras disculpas.
El anciano se levantó en silencio, recogió sus cosas y reemprendió el camino. Llegada la noche, y ante el mutismo del viejo, sus compañeros de viaje volvieron a expresarle su pesar por la broma.
-Apreciado amigo, tu silencio nos produce hondo pesar, volvemos a pedirte perdón por nuestra conducta.
-Mi silencio nada tiene que ver con vuestra conducta que ya he olvidado -contestó el anciano-, se debe a que no he encontrado respuesta a una pregunta que me atormenta: ¿Cómo es posible que haya emociones verdaderas cuando éstas provienen de hechos falsos?

Buscando donde no hay nada

Una noche, un hombre que regresaba a su casa encontró a un vecino debajo de una farola buscando algo afanosamente.
-¿Qué te ocurre? -preguntó el recién llegado.
-He perdido mi llave y no puedo entrar en casa -contestó éste.
-Yo te ayudaré a buscarla.
Al cabo de un rato de buscar ambos concienzudamente por los alrededores de la farola, el buen vecino preguntó:
-¿Estás seguro de haber perdido la llave aquí?
-No, perdí la llave allí -contestó el aludido, señalando hacia un oscuro rincón de la calle.
-Entonces, ¿qué haces buscándola debajo de esta farola?
-Es que aquí hay más luz.

No se puede comprar todo

Un noble inmensamente rico decidió un buen día que debía contar entre su séquito con un rapsoda que compusiera y cantara himnos y alabanzas a su persona. Para ello, mandó contratar al mejor juglar que hubiera en todo el mundo. De regreso, los enviados contaron que, en efecto, habían hallado al mejor rapsoda del mundo, pero que éste era un hombre muy independiente que se negaba a trabajar para nadie. Pero el noble no se dio por satisfecho y decidió ir él mismo en su búsqueda. Cuando llegó a su presencia, observó que el juglar, además de ser muy independiente, se encontraba en una situación de franca necesidad.
-Te ofrezco una bolsa llena de oro si consientes en servirme -le tentó el rico.

-Eso para ti es una limosna y yo no trabajo por limosnas -contestó el rapsoda.
-¿Y si te ofreciera el diez por ciento de mi fortuna?
-Eso sería una desproposición muy injusta, y yo no podría servir a nadie en esas condiciones de desigualdad.
El noble rico insistió:
-¿Y si te diera la mitad de mi fortuna accederías a servirme?
-Estando en igualdad de condiciones no tendría motivo para servirme.
-¿Y si te diera toda mi fortuna?
-Si yo tuviera todo ese dinero, no tendría ninguna necesidad de servir a nadie.

Aprendizaje o dinero

Un hombre con fama de sabio y que había amasado una gran fortuna le llegó la hora de la jubilación. Desde ese momento, cada día encontraba motivos para invitar a sus numerosos amigos a costosos banquetes, o para hacerles caros regalos. Pasados unos meses de lujos y derroches, un amigo le dijo:
-Creo que deberías dejar de gastar de ese modo. Aunque tu fortuna es mucha, estás dilapidándola rápidamente, y recuerda que tienes unos hijos que te heredarán.
-Precisamente por ellos lo hago -contestó-.
La riqueza conseguida sin esfuerzo arruina la capacidad de los inteligentes y agrava la estupidez de los más torpes. Yo a mis hijos les he dado la educación y los medios suficientes como para que se construyan un futuro por ellos mismos. La expectativa de disponer de mi patrimonio no sería más que una invitación a que aparecieran la codicia y la indolencia. No necesitan mi dinero para nada, no sería más que un veneno en sus vidas-. Y en efecto, aquel hombre gastó hasta el último céntimo antes de morir.

A cada uno su respuesta

Un joven discípulo solicitó al Maestro Iluminado el asistir en silencio a las entrevistas que éste concedía a aquellas personas que iban en busca de su consejo y sabiduría. La primera visita fue la de un hombre que preguntó:
-Maestro, ¿Dios existe?
-Sí -fue la lacónica respuesta.
En la segunda visita una mujer también preguntó:
-Señor, ¿Dios existe?
-No -fue en esta oportunidad la contestación.
En una tercera visita un joven interrogó:
-Iluminado, ¿Dios existe?
En esta ocasión, el Maestro guardó silencio, y el joven se marchó sin una respuesta a la pregunta formulada.
El discípulo, desconcertado por la extraña conducta del Maestro, no pudo por menos que preguntarle:
-Señor, ¿cómo puede ser que a tres preguntas iguales hayas respondido de modo diferente cada vez?
-Lo primero que has de saber -contestó el Maestro- es que cada contestación va dirigida a la persona que pregunta y por tanto no es para ti ni tampoco para nadie más. y lo segundo es que he respondido de acuerdo con la realidad y no con las apariencias. En el primer caso se trataba de un hombre en el que mora la divinidad pero que ahora vive

un momento de oscuridad y duda, por eso he querido apoyarlo. El segundo caso se trataba de una mujer beata apegada a las formas externas de la religión que ha descuidado a su familia por atender el templo, y por ese motivo es bueno que aprenda a encontrar a Dios entre los suyos. El tercer caso se trataba sólo de alguien que ha venido a verme por curiosidad y sencillamente ha improvisado esa pregunta como podía haber hecho cualquier otra.

El verdadero culpable

Un hombre fue al puesto de guardia a denunciar el robo de su burro. Una vez allí, y enterados al detalle de lo sucedido, los policías comenzaron a hacerle observaciones: -Usted ha tenido poco cuidado. ¿Cómo se le ocurre tener un simple cierre de madera en la puerta de la cuadra en vez de un sólido cerrojo? - opinó uno. -No puedo creer que desde la calle se pudiera ver el burro, siendo una tentación para cualquiera. ¿Es que no se le pasó por la cabeza nunca guardar al animal de miradas ajenas elevando las paredes de la cuadra? -dijo otro. Un tercero, en tono crítico, le censuró: -¿Pero dónde estaba usted en ese momento? ¿Cómo es posible que no viera al ladrón marcharse con el burro? De este modo fueron cayendo sobre él un buen número de acusaciones hasta que, harto ya de esa situación, dijo: -Señores, acepto todo lo que me han dicho, pero algo de culpa también ha de tener el ladrón, ¿no creen?

Lo primero es lo primero

Un agricultor contrajo una enfermedad en los ojos y decidió ir al médico. No obstante, el precio de la consulta le pareció muy alto y resolvió ir al veterinario que, meses antes, le había cobrado una pequeña cantidad por curar a su burro. El veterinario le aplicó en los ojos el mismo emplasto que utilizaba con las caballerías y aquel hombre quedó ciego. Maldiciendo su suerte, el agricultor presentó su caso ante el juez reclamando justicia. -Señoría, este hombre me ha dejado ciego. Utilizó conmigo una medicina ponzoñosa que en vez de curarme me ha perjudicado aún más. -Pero este hombre es un veterinario, ¿por qué no acudió a un médico como es lo razonable? -preguntó el juez. -Soy un hombre pobre y no podía permitirme pagar los honorarios del médico, pero ese veterinario debía haberme advertido que su emplasto para caballerías me iba a dejar ciego -argumentó el agricultor. -Señor -dijo el veterinario, que hasta ese momento había permanecido en silencio-, yo siempre trato el mal de ojos de las caballerías del mismo modo y siempre con excelentes resultados, ¿por qué a este asno iba a recetarle algo distinto? -¡Pero yo no soy un asno! -protestó el agricultor. -No es cierto, señor juez; si en vez de un asno fuese un hombre, hubiese ido al médico y no al veterinario, y mejor le hubiese ido si primero se hubiera preocupado por su salud antes que por su bolsa. El juez absolvió al veterinario.

Cómo enseña un maestro

Un discípulo cayó gravemente enfermo y solicitó a su maestro que lo curase, puesto que además era un médico excepcional capaz de hacer desaparecer cualquier mal. Oída la demanda, el maestro se negó radicalmente a curar al discípulo.

Tiempo después, el discípulo sanó por sus propios medios, pero quedó inmensamente dolido por la conducta de su maestro, al que abandonó.

Un día decidió visitar a un hombre iluminado al que narró el episodio de su enfermedad y la negativa del maestro a curarlo.

Aquel hombre le dijo:

- Te equivocas grandemente, tu maestro actuó con la más alta generosidad.

-¿Cómo puede ser? ¡Él se negó a ayudarme cuando estaba a punto de morir!

-No fue así, él evitó que dejaras de experimentar por ti mismo lo que significa estar suspendido entre la vida y la muerte.

Yo o la proyección que tienes de mí

Un monje pintó un retrato de su maestro de enorme calidad y absolutamente vívido en su gran parecido. Un día, decidió mostrárselo.

El maestro miró el cuadro y dijo al pintor:

-Es tan grande el realismo de este cuadro que no te quedan más que dos opciones: o me matas a mí o lo quemas inmediatamente.

¿Quién lo tiene en la mente?

Una discípula preguntó a su maestro cuál era el misterio más profundo de todos los misterios. Éste, por toda respuesta, le dio un pellizco en las nalgas.

Indignada ante tal comportamiento, exclamó:

-¡Todavía tienes eso en la mente!

El maestro respondió:

-¡Todavía tienes tú eso en la mente!

Si no sabes: actúa

Un maestro contó a sus discípulos lo siguiente:

-Una gacela, según se levantaba todos los días, empezaba a correr por la selva. Un tigre, según se levantaba todos los días, también empezaba a correr por la selva.

La gacela corría para salvar su vida, ya que si el tigre la alcanzaba moriría inmediatamente. El tigre también corría para conservar su vida, ya que si no daba caza a la gacela, moriría de hambre. Ambos corrían todos los días por su vida. Vosotros, discípulos, no sabéis aún si sois gacelas o tigres, ni tampoco sabéis quién sois ni adónde vais, por eso debéis hacer como la gacela y el tigre: según os levantéis poneos a correr por vuestra vida.

Codicia y autoengaño

Un viajero hambriento llegó a una casa en el camino. Llamó a la puerta y, cuando le abrieron, pidió de comer. Pero allí habitaba una familia de corazón duro y poco piadosa.

-Si quieres comer, ¿por qué no trabajas? -le contestaron.

-Os equivocáis -contestó el viajero-, sólo deseaba averiguar si erais gente bondadosa.

Yo no necesito comida, pues conozco la receta mágica de la sopa de piedras, así que a mí jamás me falta el alimento.

-¿Sopa de piedras? -se preguntaron aquellas gentes egoístas suponiendo inmediatamente que el conocimiento de aquella receta podría reportarles algún beneficio.

-Lamentamos profundamente haberte ofendido -dijeron al viajero-. ¿Por qué no entras y después de descansar no nos muestras esa receta de sopa con piedras?

-De acuerdo -contestó el viajero-, lo primero es disponer de una buena olla con agua y ponerla en el fuego, a continuación debéis recoger una docena de hermosas piedras bien redondeadas, las cuales tenéis que limpiar a fondo.

La familia siguió al pie de la letra las instrucciones.

-Mientras que limpiáis a conciencia las piedras -continuó ordenando el viajero-, nunca estará de más añadirle algunas verduras al agua; así que ir a la huerta y recoger tomates, pimientos, apio, cebollas y zanahorias.

La familia estaba muy contenta, obedeciendo las instrucciones para hacer la sopa de piedras.

-Debéis continuar limpiando las piedras hasta que brillen, esto es muy importante, pero para que el agua de cocción coja más gusto, agregaremos a las verduras un poco de jamón, tocino y una gallina pelada y troceada -ordenó el viajero.

Al cabo de un rato salía un olor estupendo de la olla.

-Falta sal -dijo el viajero después de probar el guiso. Creo que ahora debemos añadirle algunas hierbas aromáticas para amalgamar los sabores, y sólo al final pondremos las piedras si es que sois capaces de limpiarlas satisfactoriamente.

Al olor del caldo y ante la admonición del viajero, los miembros de la familia se afanaron en limpiar con más brío y entusiasmo las piedras.

-Mientras que termináis de limpiar las piedras, probaré este caldo, donde se han de añadir las piedras no sea que no esté en su punto -dicho lo cual, el viajero se sirvió un plato del guiso hasta arriba.

El viajero, una vez acabado el plato, se sirvió otro igual de repleto. Los miembros de la familia veían a aquel hombre como deglutía el jamón, la gallina y las verduras a dos carrillos, mientras la boca se les hacia agua y empezaban a mostrar síntomas de cansancio de tanto frotar las piedras.

-¡Ánimo, más brío, un poco más, y ya estarán listas esas estupendas piedras para añadirles a la olla, no desfallezcáis que dentro de nada podréis disfrutar de la irreplicable sopa de piedras. De este modo estimulaba el viajero a los fatigados habitantes de la casa a la vez que terminaba ya el contenido del recipiente. El niño más pequeño de la casa advirtió el hecho y protestó ya en el límite de sus fuerzas:

-Señor, nosotros llevamos varias horas frotando con cepillos estas pesadas piedras, y usted en cambio se ha comido todo el guiso de la olla, ¿por qué no friega ahora un poco las piedras y yo como?

-Muchacho ignorante -clamó el viajero-, ¿no ves que yo soy el único que conoce el secreto de la sopa de piedras? Lo que yo he comido es un simple guiso de verduras, jamón y gallina que cualquiera sabe hacer y que se le puede añadir si se quiere a la sopa de piedras como acompañamiento. Yo, generosamente, me he brindado a mostraros mi

secreto, y vosotros en cambio me habéis ofendido, pretendiendo que trabajase. ¡Nunca me he sentido más insultado!

Dicho lo cual, se dio la vuelta y desapareció de la casa en un santiamén.

Aquella familia se quedó de una pieza, y por más intentos que realizaron, nunca encontraron el secreto de la sopa de piedras, pues cuando intentaban imitar lo hecho por el viajero, siempre les salía un guiso de verduras, jamón y gallina. En cuanto al muchacho, recibió una buena paliza y además se quedó varios días sin comer por idiota.

El mismo tipo de miedo en la mente

En cierta ocasión, un discípulo fue a buscar a un maestro que vivía en la cumbre de una montaña. En el camino encontró una manada de lobos que le aterrorizó.

Cuando llegó estaba muy asustado. El maestro, al verlo, le dijo:

-Ah, todavía tienes eso.

Al llegar el momento de la cena, el maestro escribió en el asiento del discípulo la palabra «Dios».

Unos instantes antes de sentarse, el discípulo pudo ver lo que estaba escrito en su silla y se retiró evitando sentarse. El maestro dijo, riéndose:

-Ah, también tienes eso.

En ese momento, el discípulo comprendió.

Hacer impecablemente lo que la vida trae

Cuentan que la bella hija de un comerciante quedó embarazada de su novio.

Cuando el indignado padre pidió una explicación, la muchacha dijo que la había poseído un monje vecino. Al dar la joven a luz, su padre tomó al crío en brazos y se dirigió al humilde hogar del monje.

-Éste es el fruto de tu pecado, quédate con él antes de que lo mate -gritó el encolerizado comerciante mientras se retiraba profiriendo terribles insultos.

El monje cuidó al niño como si fuera suyo, de tal modo que la gente pensó que lo había adoptado.

Un día de invierno, el monje pedía limosna en medio de una nevada llevando consigo al niño. La muchacha, viendo la escena se arrepintió de su engaño y contó la verdad a su padre. El comerciante, avergonzado, llegó a casa del monje y, arrojándose a sus pies, le pidió perdón.

El monje preguntó tranquilamente:

-¿Tiene el niño otro padre?

Conciencia de la propia ignorancia

Cuentan que el abad de un templo era considerado por todos como un hombre piadoso, justo y erudito. A él se dirigían todos para buscar su ayuda y consejo en los más variados temas, tanto de índole espiritual, como filosófico o social. A ello dedicaba su vida el abad, atendiendo todo el tiempo a cuestiones de cualquier naturaleza.

Un día, una mujer del lugar que había perdido un hijo se encaminó al templo para cumplir con los ritos funerarios. Cuando encontró al abad, le preguntó:

-Señor, decid me por compasión. ¿Adónde ha ido mi hijo?

En ese momento, el viejo abad se dio cuenta de

que no podía responder sinceramente a la mujer sin apelar a cualquier respuesta convencional. Se dijo a sí mismo: “Yo creía haber alcanzado el grado de sabiduría y no sé responder a la pregunta esencial, ¿de qué me sirve ser abad de este templo?”. Dicen que entonces dejó el templo y marchó en busca del verdadero conocimiento.

No vieron lo que esperaban ver

Un día, el gobernador de una provincia decidió ir a ver a un hombre que gozaba fama de severo asceta. Enterado éste de la próxima visita pidió a un discípulo que le trajera vino, queso y tocino. Cuando llegó el gobernador con su séquito y le vieron comiendo y bebiendo alegremente tumbado, se dieron la vuelta desilusionados.

Cuando se marcharon, el discípulo preguntó al asceta el motivo de su actitud.

-Ellos no tenían ningún interés en verme a mí, sólo venían a ver lo que suponían que debe ser un asceta, y yo no tengo ni ganas ni tiempo que perder con los que, en vez de querer saber, suponen.

Cuestión de necesidad

Cuentan que un desconocido se presentó a la puerta del monasterio llevando oro y rogó al abad que lo repartiera entre los monjes. El abad dijo:

-Los monjes no lo necesitan.

El desconocido insistió, así que lo puso en una cesta en medio del patio con un letrero que ponía: «El que necesite, que coja».

Nadie tocó nada. Algunos ni siquiera miraban.

Pasado un tiempo, aquel hombre regresó y vio que su oro estaba intacto. Valorando este hecho, alabó a los monjes por su santidad y renuncia.

El abad le dijo:

-No se trata de santidad. Todo está en función de la necesidad. Para nosotros, el oro es inútil ya que nada podemos hacer con él. Comemos, vestimos y estamos a cubierto.

Nuestras necesidades son otras. Necesitamos a Dios y por eso estamos aquí buscándolo. Ve y da tu oro a los pobres.

Llantos y risas

Un viejo monje agonizaba. A su alrededor, sus compañeros lloraban cuando el moribundo se rió con tres fuertes carcajadas.

-Dinos, hermano, por qué ríes cuando nosotros te lloramos -preguntaron los monjes.

-La primera vez me he reído de vuestro miedo a la muerte. La segunda porque no estáis preparados para afrontarla, y la tercera porque yo paso de la fatiga al descanso y mientras vosotros gemís. Dicho esto, cerró los ojos y expiró.

El desatento tampoco ve

Un hombre caminaba apresuradamente por la noche cuando al doblar una esquina tropezó con otro que se alumbraba con un farol.

En el momento de ir a increparlo, se dio cuenta de que era ciego.

-¿Para qué demonios vas con un farol si eres incapaz de ver nada? -preguntó el hombre apresurado.

-¡Para que puedan verme y no tropiecen conmigo los tontos como tú! -replicó el ciego.

Compartir

Un hombre cercano ya a la muerte fue a ver a un maestro para preguntarle:

-Hombre sabio, dime cuál es la diferencia entre cielo e infierno.

-Veo una montaña de arroz humeante y sabroso, y alrededor una muchedumbre de hambrientos. Sus palillos son más largos que sus brazos, así que cuando prenden la comida, no pueden llevársela a la boca y son víctimas de la frustración y el sufrimiento. Ese es el infierno -contestó el maestro.

-¿Y el cielo? -volvió a preguntar el viejo.

-Veo una montaña de arroz humeante y sabroso, y alrededor una muchedumbre alegre. Sus palillos son más largos que sus brazos, pero han decidido, al prender la comida, dársela los unos a los otros. Ese es el cielo.

El poder de la experiencia

Una mujer tenía un hijo joven que se puso enfermo. El médico le dijo que su única cura residía en tomarse una pócima a la vez que permanecía en ayuno una semana. Pero el joven se encontraba en apariencia bien, y era incapaz de ayunar un solo día, a pesar de las continuas advertencias de su madre y el médico. Un día, la mujer oyó hablar de un sabio que vivía en un lugar lejano y que tal vez podría ayudarla. Fue a verlo y le contó su situación.

El maestro dijo:

-Mujer, vuelve dentro de una semana con tu hijo.

A la semana, la madre y el hijo hicieron el largo viaje para presentarse de nuevo ante el sabio.

Cuando llegaron a su presencia, éste le dijo al joven:

-Has de saber que si no ayunas una semana, será peligroso para ti. Podéis marcharos.

La mujer, oyendo aquellas simples palabras, quedó desconcertada. Había sospechado que aquel hombre utilizaría algún poder extraño para convencer a su hijo, o tal vez realizase un poderoso ritual de petición a alguna divinidad.

-Señor -dijo-, hemos recorrido un largo viaje para verte, y lo único que se te ocurre decirle es algo que tanto su médico como yo le hemos repetido miles de veces.

-No es lo mismo -respondió el sabio.

-¿Y cuál es la diferencia? -quiso saber la mujer.

-La diferencia es que yo he estado ayunando esta semana.

Cuando regresaron a su pueblo, el joven guardó por propia voluntad la semana de ayuno, tomó la pócima y se curó.

Detalles con significado

Un joven rey gobernaba a su pueblo con justicia y sobriedad. Se ocupaba del bienestar de sus súbditos, los impuestos que cobraba eran los imprescindibles para cubrir eficazmente las necesidades generales y dedicaba su jornada a atender puntualmente los asuntos de estado. En el reino había paz y prosperidad. A su lado siempre estaba su fiel y sabio consejero, que ya había servido como tal a su padre.

Un día, el joven rey dijo en una comida a su mayordomo:

-Estoy cansado de comer con estos palillos de madera, soy el rey, así que da orden al orfebre de palacio de que me fabrique unos palillos de marfil y jade.

Oída esta orden, el consejero se dirigió inmediatamente al soberano:

-Majestad, os pido que me relevéis lo antes posible de mi cargo. No puedo servirlos por más tiempo.

El monarca, extrañado, preguntó cuál era el motivo de aquella repentina decisión.

-Es por los palillos, señor -respondió el consejero-. Ahora habéis solicitado unos palillos de jade y marfil, y mañana querréis sustituir los platos de barro por una vajilla de oro.

Más adelante, vuestros vestidos de tela desearéis que sean reemplazados por otros de seda. Otro día, en vez de conformaros con comer verduras y puerco, solicitaréis lenguas de alondra y huevos de tortuga. De este modo, llegará el momento en que los caprichos, la autocomplacencia y el mal uso del poder os harán ser injusto con vuestro pueblo.

Entonces, yo me rebelaré contra su majestad, y por nada del mundo deseo ver amanecer ese día.

Dicen que el rey revocó la orden dada al orfebre y que desde ese día fue llamado «el Prudente». Y conservó al viejo consejero a su lado hasta su muerte.

No siempre es lo mismo

Un hombre noble y sereno viajaba con su burro por unos parajes solitarios. En un trecho del camino aparecieron unos bandidos y le robaron el burro y todo lo que llevaba.

Despojado de sus posesiones, aquel hombre continuó su camino andando tranquilamente. Ante aquella actitud, el jefe de los salteadores dijo a sus secuaces:

-Es rara la actitud de ese individuo. Los demás suplican y ruegan por sus bienes.

Su comportamiento es el de un hombre sabio, por lo que es seguro que ocupe un alto cargo en el gobierno. Eso significa que cuando llegue a la ciudad y explique lo sucedido, la policía vendrá a capturarnos con redoblados esfuerzos, ya que se trata de un hombre importante. Lo mejor será que lo matemos.

Al poco tiempo llegó a la capital la noticia de la muerte de aquel hombre y las circunstancias de la misma, pues los bandidos fueron detenidos y confesaron su crimen.

Conocidas las causas de aquella muerte, los ciudadanos expresaron las más variadas opiniones sobre lo sucedido. Así, un padre dijo a sus hijos:

-Si alguna vez caéis en manos de bandidos, no se os ocurra comportaros como ese idiota al que han matado.

Un día, aquel muchacho al que aconsejó su padre fue interceptado en su camino por unos salteadores. Una vez despojado de sus bienes, los bandidos le dijeron que se marchara tranquilamente. No obstante, recordando el muchacho la advertencia de su padre, porfió con los ladrones defendiendo lo robado. Los bandidos, viendo que apenas era un jovencito, decidieron olvidarse de él y regresar a su refugio, pero el muchacho los persiguió reclamándoles a voces lo que era suyo. Ante la alternativa de que pudiera alertar con sus gritos a alguien, o de que pudiera seguirlos hasta su secreta guarida, el jefe de los ladrones, muy a su pesar, dio la orden de matarlo.

Estúpido respeto hacia las formas

Un hombre fue invitado a comer en la mansión de unas personas muy ricas, y llegó al ágape ataviado con ropas modestas. Al instante, advirtió que los anfitriones eludían saludarlo y que los camareros evitaban servirlo. Como vivía cerca, corrió a su casa y se vistió con una túnica muy cara y lujosa. Así volvió al banquete, donde nadie había reparado en su ausencia. A su regreso, los dueños de la casa lo recibieron cortésmente y los criados mostraron ante él grandes ademanes de respeto.

Llegado el momento de la cena, aquel hombre se quitó la túnica y la arrojó en medio de los manjares.

-¿Por qué haces eso? -le preguntaron extrañados los anfitriones.

-Ha sido mi túnica y no yo la que ha recibido vuestro respeto y atenciones. Que sea ella la que se quede a comer.

Dicho lo cual, aquel hombre abandonó aquella casa.

Los devotos de los burros

Un hombre era el respetado custodio de un santuario muy venerado que guardaba las cenizas de un antiguo santo. Un día, su hijo decidió recorrer con su burro el mundo en peregrinaje visitando otros lugares sagrados. Al cabo de unos años, el animal, ya envejecido, enfermó y murió. Aquel hombre se entristeció, ya que había sido su único compañero durante largas jornadas. Así, decidió enterrarlo bajo un humilde túmulo que él mismo construyó con piedras. A la vez, consideró que su viaje había concluido y que llegaba el momento de regresar a su casa, pero antes vio conveniente descansar en aquel lugar durante algún tiempo.

De este modo, los que pasaban por allí, veían a aquel peregrino en silencio junto a aquella tumba, y concluyeron que sin duda allí estaba enterrado algún santo anónimo, y no un santo cualquiera, sino alguien en verdad excepcional, pues su discípulo no se movía de aquel lugar ya lloviera o nevara. La voz se extendió por la comarca, y al poco aparecieron por allí gentes con flores y ofrendas que dejaban con devoción sobre la tumba del burro; no pasaron muchas semanas antes de que alguien propusiera construir un santuario conmemorativo donde los fieles pudieran elevar plegarias a tan ilustre santo.

Nuestro hombre, asombrado por la extraña conducta de los lugareños, emprendió el viaje de vuelta a su casa.

Cuando se encontró con su padre, le narró lo acontecido con la tumba de su burro. El padre, al oír lo sucedido, guardó silencio unos instantes.

-Hijo mío -habló por fin-, he de confesarte algo. Debes saber que este santuario donde te criaste, por una sucesión de acontecimientos parecidos a los que me has contado, fue erigido sobre la tumba de mi burro hace ya más de treinta años.

De lo que es capaz el miedo

Un rey oyó hablar de un pretendido hombre santo que aseguraba tener poderes excepcionales. Harto ya de esos farsantes, mandó llamar a palacio a aquel individuo.

-Demuestra ahora, y aquí mismo, esos poderes de los que alardeas, o de lo contrario mandaré que te ejecuten en el acto -amenazó el rey.

-Señor -clamó aquel hombre-, ahora mismo tengo grandes visiones de seres angelicales en los cielos y de terribles criaturas en los infiernos.

-¿Cómo es posible que puedas ver nada más allá de estos espesos muros? -preguntó el rey en el límite de su paciencia.

-Majestad, sólo se necesita miedo -respondió el pobre hombre.

Esfuerzo correcto

Un hombre decidió cavar un pozo en un terreno que poseía. Eligió un lugar y profundizó hasta los cinco metros, pero no encontró agua.

Pensando que aquel no era el sitio idóneo, buscó otro lugar y se esforzó más llegando hasta los siete metros, pero tampoco esta vez halló agua. Decidió probar una tercera ocasión en distinto lugar, y cavar aún mucho más, pero cuando llegó a los diez metros, concluyó que en su terreno no había agua y que lo mejor era venderlo.

Un día fue a visitar al hombre al cual había vendido el terreno, y se encontró con un hermoso pozo.

-Amigo, mucho has tenido que cavar para encontrar agua, recuerdo que yo piqué más de veinte metros y no encontré ni rastro -dijo el recién llegado.

-Te equivocas -contestó el aludido-. La verdad es que yo sólo cavé doce metros, pero a diferencia de ti, siempre lo hice en el mismo sitio.

La mentira de los sucedáneos

Unos monos, durante una fría noche de invierno vieron a unos hombres alrededor de una hoguera. Al acercarse, inmediatamente advirtieron el calor que desprendía aquel extraño fenómeno de color rojo semitapado por maderas.

Cuentan que a partir de entonces, durante sucesivas generaciones, en las noches frías, los monos se reunían alrededor de unas maderas que colocaban encima de un círculo que previamente habían pintado de rojo. y si hablaban entre ellos, todos coincidían en que ese era el modo correcto de calentarse.

Cuando algún mono ignorante llegado de fuera declaraba que sentía el mismo frío alrededor del círculo rojo como lejos de él, era reprendido con severas admoniciones respecto al poco respeto que guardaba al conocimiento de los antiguos sabios.

Un villano con respuesta para todo

Un hombre que se hacía pasar por santo fue requerido para realizar un milagro.

Naturalmente, el milagro no se produjo, así que el pretendido santón decidió que lo mejor era marcharse de allí cuanto antes.

Viendo este comportamiento, los presentes se dirigieron a él increpándolo:

-Vaya santo que eres, no sólo no haces milagros como afirmabas, sino que además te vas sin dar ninguna explicación.

-Eso no es así -respondió el aludido-, los santos no somos ni orgullosos ni obstinados. Si el milagro no sale a la primera, yo acepto humildemente los dictados del cielo y no me obstino en realizarlo de nuevo.

Y aunque parezca increíble, aquel farsante continuó conservando intacta ante los demás su pretendida condición de santo.

Justicia y sabiduría

Un hombre murió, dejando una gran fortuna repartida entre sus dos hijos. Pero ambos eran codiciosos y en sus enfermas mentes anidó la sospecha de que el otro había sido favorecido con una parte más cuantiosa. Por ese motivo discutieron de tal modo que decidieron elevar su disputa al juez de la localidad.

Éste, después de tomar nota de todos los argumentos presentados por ambos, les preguntó:

- Tú -le dijo al primer hermano-, ¿eres capaz de jurar que tu hermano ha recibido en herencia una parte mayor que la tuya?

-Sí -contestó el aludido sin vacilar.

-Y tú -se dirigió al segundo hermano-, ¿eres capaz de jurar también que tu hermano ha recibido una parte mayor que la tuya?

-Sí -respondió el interpelado, de modo igualmente categórico

-Pues si ambos estáis convencidos de tal cosa, mi sentencia es que ambos intercambiéis vuestras respectivas herencias. Que se ejecute inmediatamente lo dictado -ordenó el juez.

No vemos las cosas tal como son, sino tal como somos

Un hombre visitó una tierra lejana y compró un espejo, objeto que era absolutamente desconocido para él. Le había llamado la atención, porque cada vez que lo miraba le parecía ver en su interior la cara de su padre fallecido, así que lo guardó en un cofre y se lo llevó a su país.

De vuelta en su casa, cuando se sentía triste o preocupado, subía al desván, abría el cofre y se asomaba en él para ver la cara de su padre, que, aunque triste y preocupada también, le transmitía confianza y ánimo.

Su mujer, extrañada por aquella conducta, decidió un día que estaba sola subir al desván y abrir el cofre. Para su sorpresa, vio en su interior la cara de una mujer que la miraba con curiosidad.

Cuando regresó el marido, ambos discutieron amargamente.

-¡Hombre vil, me engañas con esta mujer! -clamaba ella mirando dentro del cofre.

-¡Estás loca! ¿No ves que es mi padre? -respondía él asomándose también al espejo.

-¿Crees que soy ciega? ¡Yo veo claramente una mujer! -contestaba ella de nuevo.

Como la discusión crecía, decidieron que alguien justo y sabio arbitrara en la disputa. Para ello eligieron al sacerdote de la comunidad.

Después de un minucioso examen del asunto, aquel hombre ecuánime miró al espejo dentro del cofre y declaró:

-Ni aquí está tu padre, ni tampoco hay ninguna mujer ¡claramente lo que hay es un sacerdote!

Cuidado con los imbéciles

Un hombre llegó con su saco de trigo a un molino y, viendo allí otros sacos de harina, vació el suyo y empezó a llenarlo con la harina de los otros sacos.

El molinero, al verlo le dijo:

-¿Se puede saber qué haces?

-Soy un hombre imbécil -replicó-, así que actúo según mi pobre juicio.

-Si eres imbécil, ¿por qué no coges trigo de tu saco y lo pones en los sacos de los demás? -preguntó el molinero.

-Porque soy un imbécil común, para hacer eso debería ser un gran imbécil.

¿Dónde está el sabor?

Un maestro ofreció un trozo de melón a su discípulo.

-¿Tiene buen sabor el melón? -le preguntó.

-Sí, tiene un sabor excelente -contestó.

-Pero ¿quién tiene buen sabor, el melón o la lengua? -volvió a preguntar el maestro.

-Bueno, el sabor nace de la interdependencia del sabor del melón con la lengua, es un efecto que se produce... -decía el discípulo, cuando el maestro lo interrumpió:

-Idiota, no te compliques más. El melón está bueno. La sensación es buena. Eso basta.

Perder mucho por no ceder poco

Un hombre fue al mercado a comprar 15 litros de aceite. Eligió uno de buena calidad y pagó al aceitero. Éste empezó a echar medidas de aceite en el cántaro del comprador. Cuando había vertido ya catorce litros, el cántaro estaba lleno hasta el borde.

-Este litro de aceite que queda es tuyo ya que lo has pagado. Dime qué hago, pues tu cántaro está lleno -dijo el aceitero.

Reflexionando un momento, aquel hombre ruin tuvo una gran idea: se le ocurrió vaciar su cántaro para que el comerciante vertiese la parte que faltaba.

Para saber cuándo el deseo es auténtico

En un monasterio mixto, un monje se enamoró de una monja muy bella, y una noche entró en su celda haciéndole saber sus sentimientos y su deseo de hacer el amor con ella.

La monja no se alteró y le dijo:

-Hoy no, pero si lo deseas de verdad, mañana accederé a tu petición.

El monje aceptó encantado.

A la mañana siguiente se celebraba en el templo una ceremonia de gran solemnidad a la que asistían todos los monjes y jerarquías del monasterio, además de innumerables fieles.

En medio de la multitud, la monja se acercó a su enamorado y desnudándose completamente le dijo:

-Estoy dispuesta, si quieres amarme. Puedes hacerlo aquí y ahora.

El avergonzado monje abandonó el templo y no regresó jamás. La monja se vistió tranquilamente ante la mirada de todos y ocupó su lugar en la ceremonia.

Cuando el destino significa elegir

Un hombre caminaba por un sendero del bosque cuando de repente apareció un tigre. Corriendo a toda velocidad llegó a la orilla de un caudaloso río con la fiera pisándole los talones.

Aquel hombre no sabía nadar y durante décimas de segundo dudó entre quedarse en la orilla y ser devorado por el tigre, o tirarse al agua y morir ahogado. Optó por arrojarle a la corriente, y cuando estaba a punto de hundirse, unos pescadores que pasaban por el lugar con una barca lo salvaron de las aguas. Una vez en la orilla, sus benefactores le

introdujeron en una cabaña para atenderlo debidamente. Instantes después, el techo de la cabaña se derrumbó sobre aquellos hombres de tal modo que el recién socorrido murió aplastado por el peso de los cascotes.

Avaro hasta el dolor

Un hombre que llevaba muchas horas de camino empezó a sentir un hambre acuciante. A la vuelta de un recodo vio a un hombre sentado junto a una canasta de frutos.

El caminante, sin pensarlo dos veces, sacó una buena cantidad de monedas y le dijo al hombre:

- Te compro toda la canasta.

El aludido aceptó y se marchó satisfecho de la venta mientras el hambriento viajero se disponía a devorar la comida.

Al rato pasó por allí otro caminante que vio cómo aquel hombre comía aquellos frutos totalmente rojo, sudando a mares y llorando sin parar.

-¿Qué haces? -le preguntó-, ¿no sabes que esos frutos son incomedibles por su fortísimo picor?

-No me hables -contestó-, no estoy comiendo frutos picantes, me estoy comiendo mi dinero.

Cuando no se entiende la enseñanza

Un maestro se dirigió a un discípulo y le dijo:

-Ve al claro del bosque, saca la enseñanza de la escena que contemplarás y en adelante actúa en consecuencia.

Hacia allí se encaminó el discípulo y, efectivamente, pudo observar a un lobo que estaba tumbado con las patas rotas. Minutos después, vio cómo un tigre se acercaba al lobo con una pieza recién cobrada. Después de que el rey de la jungla se alimentara, dejó comer al animal lisiado un buen pedazo de carne sobrante.

El discípulo quedó maravillado de cómo la divina providencia se las ingeniaba para alimentar a aquel animal inútil. A partir de entonces decidió dedicarse a la total contemplación, considerando que si Dios alimentaba así a una bestia también le enviaría el sustento a él.

Meses más tarde, el maestro fue a visitar al discípulo y lo encontró en un estado cercano a la inanición.

-¡Estúpido! -le gritó-, has tomado la conducta del lobo herido y yo te mandé a que aprendieras del tigre capaz de alimentarse a sí mismo y de alimentar a un necesitado.

Comprender lo que interesa

Una mujer casada con un hombre borracho decidió llevarlo a visitar a un hombre docto por ver si éste era capaz de convencerlo para que dejara la bebida.

Una vez ante su presencia, el hombre sabio puso sobre la mesa dos vasos, diciendo al bebedor:

-Observa atentamente, uno de los vasos tiene agua y el otro alcohol. Verás lo que ocurre.

En ese momento sacó un gusano y lo metió en el vaso con agua y el animalito nadó de una lado para otro. Después sacó el gusano del agua y lo introdujo en el alcohol, donde al cabo de un rato estaba casi desintegrado.

-¿Qué te parece? -preguntó el sabio al borrachín. ¿Has visto los efectos que produce el alcohol?

-Desde luego, señor -contestó el aludido-, y le estoy muy agradecido, ahora sé que nunca me harán ningún mal los gusanos.

¿Dónde están los crímenes?

Un hombre con lepra se acercó a un maestro y gimiendo le pidió:

-¡Hombre santo!, cúrame de esta maldición causada sin duda por mis muchos crímenes.

El maestro contestó: -Tráeme tus crímenes y serás sano.

Dejando al ego de lado

Cuentan que un hombre llegó a la conclusión de que vivía muy condicionado tanto por los halagos y aceptación de los demás, como por sus críticas o rechazo. Dispuesto a afrontar la situación, visitó a un sabio. Éste, oída la situación, le dijo:

-Vas a hacer, sin formular preguntas, exactamente lo que te ordene. Ahora mismo irás al cementerio y pasarás varias horas vertiendo halagos a los muertos; después vuelve.

El hombre obedeció y marchó al cementerio, donde llevó a cabo lo ordenado. Cuando regresó, el sabio le preguntó:

-¿Qué te han contestado los muertos?

-Nada, señor; ¿cómo van a responder si están muertos?

-Pues ahora regresarás al cementerio de nuevo e insultarás gravemente a los muertos durante horas.

Cumplida la orden, volvió ante el sabio, que lo interrogó:

-¿Qué te han contestado los muertos ahora?

-Tampoco han contestado en esta ocasión; ¿cómo podrían hacerlo?, ¿están muertos!

-Como esos muertos has de ser tú. Si no hay nadie que reciba los halagos o los insultos, ¿cómo podrían éstos afectarte?

Generosidad

Un maestro con fama de generoso se encontraba paseando por el jardín de su anfitrión cuando observó que un criado recibía su ración de un plato de comida junto a una porción de pan. Un perro que andaba por allí se acercó al criado, y éste le arrojó el trozo de pan. El animal comió con avidez lo ofrecido ya continuación el hombre le dio el resto de su comida. El maestro preguntó al criado:

-¿Cuál es tu ración diaria?

-La que le he dado al perro, señor -respondió.

-¿Y por qué en vez de dársela al perro, no la has comido tú? -interrogó de nuevo.

-Porque este animal ha llegado de fuera y he pensado que es buena la hospitalidad con un viajero que con seguridad venía con hambre, por eso le di el pan -contestó.

-¿Y el plato de comida?

-Muy fácil, porque tenía más hambre.

Desde ese día, el maestro pidió a todo el mundo que nunca más volvieran a concederle el título de generoso.

Si necesitas, pide

Un hombre con fama de sabio fue a comer a casa de un maestro, pero al criado se le olvidó ponerle la cuchara.

Al cabo de un rato, el maestro, viendo que su huésped no comía, le preguntó:

-¿Por qué razón no comes?

-Es que me falta la cuchara -contestó.

-¡Idiota! -clamó el maestro-. ¿Cómo dicen que eres un sabio si no sabes ni pedir una cuchara?

Sueño o realidad

El maestro Chuang Tzu contó:

-Esta noche he soñado que era una mariposa.

Me sentía libre revoloteando de flor en flor, dejándome llevar por la brisa cálida del mediodía y deleitándome con el espectáculo de la naturaleza en su esplendor primaveral pero he despertado y he visto que era Chuang Tzu, y me pregunto: ¿Ha soñado Chuang Tzu que era una mariposa o la mariposa está soñando ahora que es Chuang Tzu?

Cuando la astucia intenta engañar a la conciencia

Un hombre con dificultades en sus negocios hizo una promesa en el templo de que, si se arreglaban todos sus asuntos, vendería su casa y entregaría el dinero resultante a los pobres. Meses después su situación económica se solucionó. Acordándose de la promesa. colocó en la puerta de su casa un cartel que decía: «Se vende casa con gato incluido».

Unos interesados preguntaron por el precio.

-La casa cuesta cinco monedas y el gato diez mil, pero no se venden separadamente - contestó el negociante.

Aquellas personas aceptaron la extraña propuesta y, puesto que les interesaba la casa, pagaron las diez mil cinco monedas. Cuando aquel hombre recibió el dinero, dio a los pobres las cinco monedas de la casa y se quedó para él las diez mil de la venta del gato.

Pedir lo que no se puede asumir

Un hombre fue a visitar a un amigo que tenía un loro encerrado en una jaula. A lo largo de la conversación, el animal no paraba de gritar: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Cuando regresó a su casa no podía dejar de recordar la desgarradora petición de ayuda de aquella ave. Por ello decidió urdir un plan que consistía en esperar a que el amigo se ausentara y entonces penetrar en su casa para liberar al loro. Así lo hizo, y cuando alcanzó a abrir la portezuela de la jaula, el ave se refugió en la parte trasera de su prisión, aferrándose con todas sus fuerzas a los barrotes sin dejar de gritar: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

La teoría es insuficiente

Un erudito alquiló una barca para cruzar un río caudaloso. Al recibirlo, el barquero se expresó con frases gramaticalmente incorrectas. Después de corregirlo, el erudito preguntó:

-¿Tú no has estudiado gramática?

-No señor -contestó el barquero-, soy un iletrado.

-¿Tampoco sabes geografía ni aritmética? - volvió a preguntar el erudito.

-No, señor, nada de eso sé -respondió avergonzado el aludido.

-Supongo que tampoco sabrás nada de historia, literatura o filosofía -interrogó de nuevo el hombre culto.

-No tengo ni idea de nada de eso, soy sólo un barquero ignorante -habló humillado el pobre hombre.

-¡Pues, amigo -sentenció el erudito-, un hombre sin cultura es como si hubiera perdido la mitad de su vida!

Instantes después, la barca, arrastada por la corriente, fue a dar con unas rocas que provocaron una gran vía de agua. El barquero preguntó a su pasajero:

-Señor, ¿sabe usted nadar?

-No -respondió.

-Entonces me temo que va a perder toda su vida.

Atención a la atención

Un discípulo fue a visitar a su maestro y solicitó que le impartiera alguna enseñanza importante para su desarrollo. El maestro contestó irónicamente:

-Atención.

-¿Y qué más? -preguntó el discípulo.

-Atención, atención -repitió el maestro.

El discípulo insistió.

-Pero ¿qué más?

-Atención, atención, atención -dijo el maestro.

-Pero ¿qué es la atención?

El maestro contestó:

-Atención es atención.

Concepto de pecado

Un hombre devoto fue a vivir a una casa en donde tenía como vecina a una prostituta. Ya al día siguiente se dio cuenta del incesante ir y venir de hombres que acudían a solicitar los servicios sexuales de la mujer. Escandalizado por la situación, se dirigió a la prostituta en estos términos:

-Mujer malvada y pecadora que corrompes a los hombres, ¡arrepíentete de tu conducta! Para que cada día tengas conciencia de tus terribles actos, yo colocaré una piedrecita en la puerta de la casa por cada pecado que cometas.

Y así, cada día, el devoto fue sumando piedras por cada hombre que visitaba a la ramera, formando un montón con cientos de ellas. La mujer veía crecer el cúmulo de piedras y su corazón sufría, ya que la vida y sus avatares la habían empujado a aquella situación que era la primera en lamentar.

Una noche, un terremoto destruyó aquel pueblo, muriendo en la catástrofe el devoto y la prostituta. Ambas almas fueron rápidamente conducidas ante los jueces celestes que dictaron:

-El alma de la prostituta que sea llevada al paraíso, y el alma del hombre que sea conducida a los infiernos.

-Un momento -intervino el devoto-, aquí debe de haber un error. Es ella la que ha estado pecando incesantemente todos los días en varias ocasiones, yo en cambio he respetado los dictados de la moral.

Los jueces se miraron entre sí sin dar crédito a lo que oían.

-No hay ningún error. Esta mujer tiene el alma blanca. Es posible que su cuerpo pecase, pero la vida la condujo a un destino que no pudo eludir.

Pero su mente y su corazón rogaban a cada instante el poder terminar con aquel tipo de vida que tanto la hacía padecer. Tú, en cambio, tienes el corazón negro de albergar resentimiento, culpa y juicio contra ella, eso sin contar con que con cada piedra contribuías a aumentar su humillación y vergüenza. No hay perdón para ti, ¡que se cumpla la sentencia!

Inmediatamente la mujer fue llevada a gozar de los placeres y beatitud del paraíso, y dicen que aquel hombre que se creía honorable, continúa asándose en el infierno.

Algunos siempre encuentran motivos para quejarse

Los fatigados miembros de una caravana llegaron por fin a un oasis y se dispusieron a descansar. A los diez minutos, y en medio del silencio, oyeron una voz que lastimosamente decía:

-¡Qué sed tengo! ¡Qué sed tengo!

El jefe de la caravana mandó a un hombre a ver que ocurría. A su regreso dijo:

-Es sólo un viajero que también trata de descansar pero no puede por la sed.

-Dadle agua -ordenó el jefe-, así podremos descansar todos.

El enviado llevó un odre de agua al sediento, que éste bebió con deleite.

Pasados otros diez minutos, y de nuevo en medio del silencio de la noche se escuchó la misma voz quejumbrosa:

-¡Qué sed tenía! ¡Pero qué sed tenía!

La inutilidad de los discursos

Una comunidad pidió a un sabio que les impartiese enseñanza en forma de discursos ya que no concebían otra forma de aprendizaje. Después de mucho insistir, éste accedió.

Dirigiéndose a la asamblea, preguntó:

-¿Saben de qué voy a hablar en el discurso de hoy?

-No -contestaron todos al unísono.

-Pues si no saben siquiera de lo que voy a hablarles, ¿cómo van a aprender nada? -dijo el sabio antes de marcharse.

Los miembros de la comunidad volvieron a buscarlo.

El sabio preguntó de nuevo a la asamblea cuando regresó:

-¿Saben hoy de qué les hablaré?

-Sí -contestaron esta vez, habiéndose puesto previamente de acuerdo.

-Pues si ya saben de que voy a hablar, no me necesitan.

Y volvió a marcharse.

Nuevamente lo convencieron los de la comunidad para que hablase, y esta vez concluyeron que lo mejor sería contestar que unos sí sabían de qué hablaría y otros no, en caso de que volviese a preguntar.

En efecto, reunidos todos esperando el discurso del sabio, éste preguntó:

-¿Y hoy saben de qué hablaré?

-Unos sí lo sabemos y otros no -respondieron.

-En ese caso -dijo el sabio-, que los que lo saben instruyan a los que no lo saben.

Dicho lo cuál, se marchó y no regresó más.

Responder ante el abuso

Un hombre agasajó a un vecino que le había ayudado invitándolo a comer un magnífico guiso de gallina. Días después, se presentaron algunos familiares del vecino para probar el excelente guiso de gallina. El dueño, agradecido, invitó a todos a comer.

Pasados otros días, se presentaron unos familiares de los familiares del vecino para degustar el famoso guiso de gallina. El dueño también los atendió según las leyes de la hospitalidad.

Una semana después, aparecieron unos amigos de los familiares de los familiares del vecino que había hecho el favor al dueño de la casa. Venían a comer el buen guiso de gallina.

Esta vez, el dueño sirvió a sus huéspedes un caldo aguado y soso.

-¿Esto qué es? -preguntaron los recién llegados. Nos habían hablado de un guiso de gallina excelente.

-Pues esta es la sopa de la sopa del caldo de la gallina guisada.

Las señales de Dios y la comprensión de los tontos

Un maestro concluyó una conversación con el discípulo con esta frase:

- Todo lo que existe es Dios.

Pero el discípulo tenía una comprensión limitada, así que un día salió a la calle y se encontró con un elefante que se dirigía rápidamente hacia él.

El muchachito que lo conducía gritó con todas sus fuerzas avisándole para que se apartara del camino:

-¡Vamos, quítese de en medio! ¡Déjenos pasar!

Pero el discípulo tonto se dijo asimismo:

-Yo soy Dios. El elefante es Dios, ¿cómo voy a tener miedo de mí mismo?

Y no se apartó.

Naturalmente, el elefante pasó sobre él y afortunadamente sólo le produjo la rotura de varios huesos. A los pocos días, el maestro fue a visitarlo mientras se restablecía.

-Has tenido suerte -dijo-, tu falta de comprensión casi te lleva a la muerte. Tú eres Dios, pensaste, el elefante también es Dios, pero Dios en la forma del muchachito que montaba al animal te avisó del peligro, ¿por qué no hiciste caso a Dios?

Llévate tus estupideces

Un discípulo confuso fue a visitar a su maestro y le preguntó:

-¿Qué dirías si viniera a verte sin traer nada en las manos que ofrecerte?

-¡Llévatelo! -contestó el maestro.

-Pero si he dicho que no traería nada -protestó perplejo el discípulo.

El maestro dijo: -En ese caso, ¡llévatelo!

Alcanzar la iluminación

Un discípulo llevaba muchos años de sincera búsqueda espiritual, pero a pesar de todos sus esfuerzos no lograba dar el paso definitivo hacia la iluminación. Un día dijo a su maestro:

-Maestro, estoy desesperanzado, daría hasta mi mano derecha por obtener la anhelada paz interior después de tanto tiempo de trabajo. Me siento estancado y veo que el desánimo me invade.

El maestro tomó una decisión drástica. De repente preguntó:

-¿Dónde está el sol?

El discípulo señaló al sol con el dedo índice de su mano derecha diciendo:

-Allí.

En ese instante, el maestro sacó su espada y de un certero tajo cortó el dedo del discípulo.

Dio una orden atronadora:

-¿Dónde está el sol? ¡Señálalo!

El discípulo, a pesar del dolor, obedeció e intentó señalar el sol de nuevo con su dedo índice, pero encontró que éste ya no estaba, sólo quedaba el vacío. En ese instante alcanzó la iluminación. Había comprendido al fin.

Sonriente, el maestro dijo:

-Has hecho un buen negocio, estabas dispuesto a perder una mano y ha bastado con un dedo.

Estar despierto

Un grupo de personas fueron a preguntar a un maestro:

-La gente sufre calamidades, muere a veces miserablemente, muchos sufren, tienen problemas, se odian, se traicionan... ¿cómo puedes permanecer indiferente a todo eso? ¿Cómo si eres un iluminado, no ofreces tu ayuda a los demás?

El maestro contestó:

-Imaginad que estáis soñando. En vuestro sueño vais en un barco y éste se hunde. En ese momento os despertáis. Yo os pregunto a vosotros: ¿Os volveríais a dormir para prestar ayuda a los pasajeros de vuestro sueño?

Atrapado en el engaño

Un hombre: fue al mercado y llegó a una tienda donde vio un pollo colgado.

-¿Cuánto pesa? -preguntó al pollero.

-Dos quilos y medio -contestó.

-¿No tiene uno más grande? -volvió a preguntar el cliente.

-Voy a mirar -respondió el pollero.

El tendero sólo tenía aquel pollo, pero no deseaba perder la venta, así que entró en la trastienda y al minuto volvió con el mismo pollo en las manos.

-Señor, éste otro pesa tres kilos -anunció.

-Muy bien -dijo el cliente, satisfecho-. ¡Póngame los dos!

Cuando lo que te juegas es mucho

Cuentan que había un país en el que eran muy populares las competiciones de tiro con arco.

Allí vivía un gran campeón que era querido y admirado por todos; desde el rey hasta el último de los súbditos. Aquel gran arquero no había sido derrotado jamás, así que el rey organizó un torneo al que fueron convocados todos los mejores arqueros de los países vecinos, y ofreció una enorme recompensa al ganador: dos bolsas repletas de oro, una docena de los mejores caballos, un cofre lleno de joyas, y el señorío de una fértil comarca. Sólo la atracción de tan magnífico premio atrajo a la competición a un grupo de participantes, pues todos estaban convencidos de que el ganador sería aquel fabuloso arquero dueño de una técnica depuradísima, una concentración excepcional, un pulso de acero, una vista de águila, una fuerza de oso y una experiencia insuperable. Tal era la seguridad en sí mismo que demostraba que nadie hasta entonces lo había derrotado y nadie creía que pudieran derrotarlo nunca.

Empezó la competición y las eliminatorias iban sucediéndose, quedando en evidencia la superioridad del campeón, que ganó la final con total comodidad y con un amplio margen de diferencia sobre sus rivales.

En medio de la admiración y los vítores de todos los presentes, el rey se dispuso a hacerle entrega solemne del premio cuando se oyó una voz que surgía de entre la multitud:

-¡Alto, yo desafío a ese arquero!

Quién así hablaba era un humilde campesino ya en las puertas de la vejez al que conocía todo el mundo. El rey lo llamó a su presencia.

-¿Qué burla es ésta? Todos sabemos que tu pericia con el arco no excede a la de un cazador mediocre. ¿Cómo es que desafías al campeón? ¿Quieres hacernos perder el tiempo? -preguntó irritado el monarca.

-En absoluto, majestad -respondió el campesino-, mi desafío es auténtico. Estoy seguro de que venceré al arquero. Sólo pongo la condición de que sea a un lanzamiento único, y para que vos tengáis certeza de mi determinación, propongo que al perdedor se le corte la cabeza, en tanto el ganador percibe su recompensa.

Todos los presentes pensaron que aquel hombre se había vuelto loco. Enfrentarse al arquero en aquellas condiciones significaba un modo seguro de perder la vida. En tanto el arquero se sentía tan seguro de sí mismo como siempre y no comprendía la actitud de su retador, pues como bien era sabido la destreza con el arco del campesino era muy inferior a cualquiera de los participantes a los que acababa de vencer en el torneo.

-Majestad -volvió a intervenir el campesino -os deseo recordar, que, según las antiguas leyes del reino, cualquiera puede lanzar un desafío en el torneo de arco poniendo las condiciones que elija.

Si mi reto no es aceptado, yo seré el vencedor y, por tanto, será mía la recompensa.

El rey preguntó al arquero:

-Tú acabas de proclamarte campeón, pero ya conoces las leyes que dicen que cualquiera puede desafiarte, ¿aceptas el reto?

El arquero respondió afirmativamente.

Llegado el momento, el campesino tensó su arco y disparó, y aunque su flecha dio en el blanco, quedó muy alejada del centro de la diana. Su lanzamiento había sido, según lo esperado, muy mediocre.

Era el turno del campeón. Su tiro era enormemente fácil comparado con cualquier otro que hubiera realizado nunca. Se acercó a la marca de lanzamiento. Tensó el arco, pero, ante la sorpresa de todos, su pulso empezó a temblar; su rostro, sereno otras veces, estaba marcado por la tensión y el esfuerzo; las piernas, en otras ocasiones firmes como columnas, se veían flaquear; su mirada, otras veces fija y serena, se mostraba dispersa y errática. Todo su cuerpo era un manojito de nervios, sudor y temblores. Incapaz de soportar la tensión un segundo más, el campeón se derrumbó dejando caer su arco.

-No puedo -se le oyó decir balbuceando-, no acepto el reto, el campesino es el vencedor. El silencio de todos los presentes contrastaba con la alegría del ganador. Nadie entendía lo ocurrido. El rey tomó la palabra:

- Según la ley, el campeón es el campesino. Pero antes quiero saber la razón por la que lanzaste ese reto, que por lo visto estabas seguro de ganar.

-Majestad -contestó el humilde labriego-, yo soy pobre y tenía mucho que ganar y poco que perder ya que soy viejo, por eso al disparar lo hice del modo acostumbrado. En cambio, para el campeón éste era el tiro más importante que realizaba jamás: se jugaba la vida cuando antes sólo se jugaba la fama. Por eso, se ha visto atenazado por el miedo, y como era una nueva experiencia para él, no ha sido capaz de superarlo.

Admirando la resolución e inteligencia del campesino, el rey le hizo solemne entrega del premio.

Unos ven y otros no

Un discípulo se mostraba ansioso de recibir las más altas enseñanzas, por eso no dudó en preguntar a su maestro:

-Por favor, señor, ¿qué es la verdad?

-La verdad está en la vida de cada día.

Decepcionado, el discípulo protestó:

-Pero en la vida de cada día sólo encuentro rutina y vulgaridad, pero no veo la verdad por ningún lado.

El maestro dijo:

-Esa es la diferencia: unos la ven y otros no la ven.

Los que sólo ven los errores ajenos

Cuatro monjes decidieron aislarse para hacer un retiro de meditación y silencio. Un asistente los acompañó para hacerse cargo de los asuntos domésticos.

Llegó la primera noche y, transcurridas unas horas, las lámparas de aceite empezaron a consumirse.

Uno de los monjes dijo:

-Asistente, vigila que no se apaguen las lamparillas.

Oído esto, otro monje se apresuró a llamarle la atención:

-¡No debes de hablar, recuerda que estás bajo el voto de silencio!

El tercer monje, indignado, exclamó:

-¡Esto es el colmo, parece mentira que no podáis estar callados ni unas horas estando además en meditación y con voto de silencio!

El cuarto monje, entristecido, los miró y susurró a media voz:

-¡Qué pena! De cuatro monjes que somos, soy el único que permanece en silencio y cumplo el voto que nos hemos impuesto.

Eludiendo el problema

Una lechuza y una tórtola se habían hecho buenas amigas;. Un día, la tórtola vio cómo su compañera se preparaba para marcharse, por lo que le preguntó:

-¿Es que te vas? ¿Adónde?

-Muy lejos de aquí- respondió apenada la lechuza.

-Pero ¿por qué? -preguntó extrañada la tórtola.

-Porque a la gente de este lugar no les gusta mi graznido, se ríen de mí, se burlan, y me humillan -suspiró la lechuza.

Después de cavilar unos instantes, dijo la tórtola:

-Si puedes cambiar tu graznido, es buena idea que te marches, aunque, a decir verdad, ya no necesitarías hacerlo. Si, por el contrario, no puedes cambiarlo, ¿qué objeto tiene que te mudes? Allí donde acudas encontrarás también gente a la que no le guste tu graznido y te tratarán igual que aquí. Entonces, ¿qué harás? ¿volver a huir de nuevo?

Lo que digan los expertos y la mayoría

Un hombre tuvo un ataque cardíaco y todos lo dieron por muerto. Amortajaron el cadáver, lloraron las plañideras, prepararon los funerales y avisaron al sacerdote. Pero no había fallecido, y cuando despertó, del susto de verse en un ataúd, volvió a desmayarse. Los asistentes llamaron a médicos y forenses, que dictaminaron:

-No había muerto, pero ahora sí que es un auténtico difunto.

-Se puso en marcha el cortejo fúnebre, y cuando ya estaba a punto de ser encendida la pira de incineración, aquel hombre se incorporó gritando:

-¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo!

-No puede ser -gritaron familiares, amigos y conocidos-. Se ha certificado que estás muerto, estás preparado como un muerto, y se ha procedido como si estuvieras muerto.

-¡Pero estoy vivo! -gritaba aquel hombre despavorido.

Uno de los asistentes reconoció a un notario entre los presentes y le solicitaron su opinión:

- Todo parece indicar que este hombre está muerto -dijo el notario-, pero, no obstante, se hade proceder según indique la mayoría. ¿Está vivo o está muerto?

-¡Está muerto! -gritaron todos al unísono.

-Pues si lo han dicho los expertos y esa es la opinión de la mayoría, la conclusión es que está muerto, ¡que se encienda la pira!

Siempre querer más

Había una vez un pobre mendigo que se había acostumbrado a mal vivir con lo poco que le daban. Aunque no era viejo y estaba sano, no aceptaba ningún trabajo que le ofrecían y así iba de un lado para otro sobreviviendo como podía. Un día se encontró con un amigo de la infancia y ambos se pusieron a recordar viejos tiempos.

-¿A ti qué tal te ha ido? -le preguntó el amigo al mendigo.

-Muy mal -respondió-, ya ves, he tenido muy mala suerte y mi situación es lastimosa.

-Pues, mira -repuso el amigo-, yo he descubierto que tengo poderes sobrenaturales y creo que puedo ayudarte.

Dicho esto, tocó con su dedo índice un ladrillo y lo convirtió en oro.

-Para ti -dijo generosamente-, esto, sin duda, aliviará muchas de tus necesidades.

-Sí -contestó el mendigo-, pero la vida es tan larga y pueden ocurrir tantas cosas. . .

El hombre volvió a tocar con su dedo una gran piedra y la convirtió en oro.

-También es para ti, ahora ya jamás tendrás problemas de dinero, ¡eres rico! -dijo el amigo.

-Bueno, está bien, pero la vida es muy larga. Suceden tantas cosas, tantos imprevistos, según tienes más cosas aparecen más necesidades. . . en fin, hay vicisitudes...

-¡Pero bueno! ¿Qué más quieres? -exclamó el amigo.

El mendigo respondió:

-Quiero tu dedo.

Mejor ir siempre a lo práctico

Dos eruditos compartían viaje con un pastor que les servía de guía. En un tramo del camino se quedaron sin provisiones, salvo un pedazo de queso y un mendrugo de pan. Todos tenían hambre, pero no se pusieron de acuerdo en cómo repartir las viandas. Los eruditos argumentaban que ellos lo necesitaban más, pues el pastor estaba acostumbrado a la frugalidad. El pastor pensaba que le pertenecía a él, ya que su trabajo era más grande al hacer doble esfuerzo buscando los mejores pasos y vados. Uno de los eruditos dijo:

-Propongo que aquel que mañana al amanecer narre el sueño más hermoso decida cómo repartir los alimentos.

Todos aceptaron la propuesta.

A la mañana siguiente los eruditos contaron cada uno de ellos unos sueños a cada cual más hermoso y lleno de maravillas. Llegado el turno del pastor, dijo:

-La verdad es que no he tenido ningún sueño hermoso, únicamente recuerdo que en visiones se me apareció un hombre de aspecto fiero que de modo urgente me exigió que me levantara y me comiera el queso y el pan bajo pena de graves amenazas, así que eso es lo que he hecho.

Todo es muy sencillo

Un rey poderoso y con afán de conocimiento pidió a un grupo de sabios que realizaran una obra colosal y sin precedentes: que escribieran la historia del hombre conocida hasta entonces.

Pasaron muchos años, y aquellos sabios por fin se presentaron ante el rey con cien libros escritos que contenían la historia de la humanidad. Pero el rey, viendo aquella ingente tarea, dijo:

-Señores, no creo que tenga vida para leer todos esos libros, os pido que os esforcéis en hacer un resumen.

Los sabios se pusieron manos a la obra y años después fueron a ver al rey con solamente diez libros. Pero el rey, al igual que los sabios, ya empezaba a hacerse viejo, por lo que les pidió:

-Estos diez libros son muchos para mí, os ruego un nuevo esfuerzo para que hagáis un resumen.

Volvieron a pasar los años, y los sabios que aún continuaban vivos fueron de nuevo ante el rey con un solo libro. Pero el rey era ya anciano y estaba en cama muy enfermo, al ver a los sabios se lamentó:

-Me parece que voy a morir sin saber nada de la historia del hombre.

El más viejo de los sabios contestó al rey:

-Majestad, en realidad yo os puedo hacer un resumen: el hombre nace, sufre y al finalmente muere.

En ese momento el rey falleció.

Quienes no aprenden a la primera. . . ni a la segunda

Un hombre fue al mercado con una buena bolsa de dinero para comprar un burro. Un pillo se aperció de que aquel hombre era tonto y confiado, por lo que le mostró un animal viejo y enfermo que, convenientemente ajaezado y disfrazado, hizo pasar por un ejemplar joven y sano que el tonto compró pensando que hacía buen negocio.

De vuelta a su casa se dio cuenta del evidente engaño y recorría el camino entre lamentos y sollozos. Un anciano que lo oyó, se interesó por sus penas y el hombre le contó cómo había sido víctima de un timo. El anciano lo animó diciéndole:

-A mí puede interesarme tu burro aunque sea viejo, pero puedo darte muy poco por él; si lo deseas, iré a mi casa a por el dinero, tú mientras tanto espérame tranquilamente debajo de esa sombra. El hombre accedió pensando que eran mejor unas monedas que un animal que no servía para nada, así que se sentó debajo de la sombra y al rato se durmió.

Al despertar, alguien había robado el burro cortando la cuerda con la que estaba atado.

-¡Qué desgracia, no tengo ni el dinero ni el burro! ¿Qué más puede pasarme?

Continuó su camino cuando en un recodo vio cómo una mujer lloraba aliado de un pozo.

-¿Qué os pasa, buena mujer? –preguntó el hombre.

-He sido víctima de una desgracia -le dijo la mujer entre sollozos-; iba al mercado con mi bolsa llena de dinero para comprar un buen burro cuando al intentar sacar agua del pozo para beber, se me ha caído la bolsa al fondo. Pero soy torpe y débil y no pudo bajar a rescatarla, si tú lo hicieras por mí, te daría la mitad de mi dinero.

El hombre accedió encantado, pensando que al final la suerte le sonreía y podría volver a casa sin tanta pérdida, así que se quitó la ropa y sin dudar bajó al pozo. Al cabo de un rato de buscar infructuosamente subió a la superficie y vio que su ropa había desaparecido. Desnudo, sin dinero y sin burro, sus lamentos le impidieron ver cómo se alejaban de allí el pillo, su mujer y su padre, riéndose a carcajadas de aquel idiota y confiado.

Mi Dios es el único y verdadero

Un gato pasó casualmente junto a una asamblea de perros cuyo líder decía:

-¡Hermanos, recemos juntos y pidamos con fervor que el Gran Dios Perro nos envíe del cielo buenos y abundantes huesos!

El gato se alejó de allí, diciendo para sí:

-¡Estúpidos idólatras, ignorantes infieles! ¿Cómo es posible que le recen a ese dios de paganos y no al verdadero Gran Dios Gato, y cómo es posible que en vez de huesos no pidan ratones?

Nobles acciones... en apariencia

Un hombre con una bolsa vacía se acercó a la plaza principal de su pueblo diciendo a sus vecinos:

-Amigos, estoy recogiendo dinero para pagar las deudas de un pobre hombre que no puede afrontarlas.

Todos le dieron varias monedas hasta llenar la bolsa, alabando su noble acción. Un anciano le preguntó:

-Es muy noble tu tarea, pero dime: ¿quién es ese vecino acuciado por las deudas?

-Yo -contestó aquel hombre marchándose velozmente con el dinero recaudado.

Semanas después, aquel hombre volvió a presentarse en la plaza con la bolsa.

-¿Podemos suponer que hay alguien que no puede pagar su deuda y que vienes a ayudarlo? -preguntaron irónicamente los vecinos.

-Eso es -dijo el hombre.

-¿Y acaso eres tú el deudor? -preguntaron de nuevo.

-No, esta vez no. ¡Os doy mi palabra! -aseguró con énfasis aquel individuo.

-Si es así, toma nuestra ayuda -dijeron los vecinos mientras llenaban la bolsa.

Pero el anciano volvió a preguntar:

-¿Quién es en esta ocasión el deudor?

-No puedo decirlo, podría sentirse avergonzado -contestó.

El viejo, sospechando algo, volvió a preguntar:

-¿Y tú que tienes que ver en todo esto?

-Bueno... yo es que soy el acreedor.

La enseñanza de lo cotidiano

Cuentan que, en cierta ocasión, un joven simple pidió entrar como novicio en un templo zen. El abad accedió, pero viendo su escasa capacidad para realizar incluso las tareas menos complejas, decidió encargarle que barriera bien el patio todos los días. Así pasaron las semanas, los meses y los años, y el joven simple se afanó en barrer minuciosamente el patio durante todos los días de su vida.

Lloviera, nevara, hiciera calor o viento, estuviera enfermo o cansado, el joven simple no dejó jamás de barrer cuidadosamente el patio con su vieja escoba.

Nunca antes se había visto el patio más limpio. Una mañana, el abad percibió en «el monje de la escoba» como si algo apenas perceptible emanara de él, algo que provocaba respeto y reconocimiento, algo en lo que antes no había reparado, acostumbrado como estaba a verlo un día tras otro casi formando ya parte del paisaje del patio. Llegó ante él, lo invitó a dejar la escoba un momento, y le propuso algunas preguntas de hondo contenido espiritual. Minutos después, el abad unió las manos sobre su pecho y se inclinó ante el monje simple con una profunda reverencia: había descubierto a un iluminado.

-¿Cómo has alcanzado este estado? -le preguntó el abad-. Tú no has recibido enseñanza de los maestros del templo y ni siquiera has leído las escrituras, tampoco has meditado durante horas junto a los demás monjes, únicamente te has dedicado a barrer el patio todos los días, mañana y tarde.

-Dices bien querido abad -contestó el monje-, pero mi mejor maestro ha sido la escoba, que me mostró el valor del silencio, de la humildad y del servicio; mis escrituras han sido el polvo seco del verano, las hojas del otoño, las lluvias de primavera y la nieve del invierno; y mi meditación ha estado siempre presente en la intención de barrer lo mejor que he sabido y he podido.

Oídas aquellas palabras, el abad se retiró en silencio y el monje continuó barriendo con su escoba.

¿Por qué yo?

Un matrimonio de recién casados mantenía fuertes discusiones, así que decidieron acudir al hombre sabio del lugar en busca de ayuda.

-La pareja perfecta es aquella en la que los dos se convierten en uno -dijo el sabio.

-De acuerdo -contestaron ambos al unísono. - Pero ¿cuál de los dos?

Además de ignorante, idiota

Un hombre que no sabía leer recibió una carta de un amigo y fue a que el maestro del lugar se la leyera, pero éste se la devolvió diciendo:

-Esta carta está escrita en un idioma que desconozco, no puedo leértela.

-Vaya maestro que eres tú, si no sabes leer ni una carta -dijo el analfabeto.

-Te he dicho que desconozco ese idioma, sé leer en otros idiomas pero no en éste.

-Y si no sabes leer, ¿por qué te pones esa toga de maestro? -insistió el hombre.

El maestro, harto de la conducta del analfabeto, se quitó la toga y se la puso a aquel hombre, diciéndole: -¿A ver si tu con la toga puedes leer la carta?

La enseñanza de la acción impecable

Unos hombres estaban de visita en casa de un maestro. Uno le dijo a otro:

-¿Has venido como yo a oír sus enseñanzas?

-No -contestó el otro-. Para mí es suficiente ver cómo se ata las sandalias.

Medicina para la mente

Un monje que conducía una carreta perdió el control de las caballerías que, espantadas, arrollaron en su loco galope a un niño causándole la muerte. El juez exculpó al conductor, pues todos los testigos relataron el hecho como un desgraciado accidente, pero el monje desde ese día vivió obsesionado por la culpa. A cada hora del día y de la noche podía ver la cara del niño y oír su grito de dolor al ser aplastado por la carreta. De este modo, obsesionado de un modo enfermizo, no lograba apartar aquel suceso de su mente, y así pasaron las semanas y los meses sin que el monje pudiera olvidar.

Atrapado por el dolor, decidió consultar con el abad:

-Si eres tan estúpido que no puedes vivir con eso, es mejor que tomes una determinación o en caso contrario vivirás atormentado el resto de tus días.

-Lo intentaré, pero tengo grabadas en la mente la cara y el grito del niño.

Pasó un tiempo pero el monje no olvidó. El maestro le dijo:

- Tu única solución es buscar una muerte honorable. Si no puedes vencer eso, no mereces seguir viviendo como monje, yo te ayudaré a morir.

El abad sacó su afilada espada y le pidió al monje que se pusiera de rodillas. Éste, confundido y por la obediencia debida, hizo lo ordenado.

-No te muevas, te cortaré la cabeza de un solo tajo.

El monje se sobrecogió de miedo, un sudor frío recorrió su cuerpo que comenzó a temblar.

El abad inició el golpe. La hoja avanzó velozmente hacia el cuello del arrodillado que oyó su silbido acercarse. En ese momento el terror lo paralizó.

Pero el abad detuvo la espada justo un milímetro antes que rozara la piel del monje. Con un fuerte grito preguntó:

-¿Has oído ahora la voz del niño o has visto su cara?

-No -contestó el monje aturdido y todavía atrapado por el miedo.

-Pues si han desaparecido una vez de tu mente, podrás lograrlo de nuevo. Ya no es necesario que mueras.

Corazón seco

Una anciana piadosa había construido en su propiedad una ermita donde daba cobijo a un guapo asceta. Un día, visitó a la anciana una hermosa muchacha que, además de serena e inteligente, era limpia de espíritu. La anciana le preguntó:

-¿Has visto al guapo monje?

-Sí -contestó ella.

-Pues ve con él. Estará meditando, pero bésalo y junta tu cálido cuerpo con el suyo - sugirió la dueña.

La muchacha así lo hizo.

-Hermoso ermitaño -dijo la joven al verlo-, tu belleza ha hecho que nazca en mí el amor

-y al decir estas palabras, besaba su boca y acariciaba su cuerpo.

El monje, impertérrito, contestó:

-Soy árbol seco, soy roca fría.

La joven volvió junto a la anciana contándole lo sucedido. Al oírlo, reaccionó furiosa:

-¡Creí que en la ermita había un monje, y en vez de un hombre hay un árbol seco, una roca fría! ¿Cómo he podido albergar a tal monstruo todos estos años?

Y salió con un palo a echar a golpes a aquel individuo de su ermita.

Todo es efímero

Unos guardias se presentaron ante el rey conduciendo a un hombre con aspecto de mendigo.

-¿Por qué traéis a este hombre? -preguntó el monarca.

-Majestad, no sabemos si es un loco o quiere ofenderos, pero dice que desea dormir en esta posada -contestó el jefe de la guardia.

-¿Cómo llamas posada a mi fabuloso palacio? -inquirió el rey al detenido.

-¿De quién era este lugar antes? -preguntó a su vez el mendigo.

-De mi padre.

-¿Y antes?

-De mi abuelo.

-¿Y antes aún?

-Del padre de mi abuelo.

-¿Y dónde están todos ellos ahora?

-Murieron.

- ¿Y cómo a un lugar donde van y vienen gentes de paso no lo llamáis posada?

¿Se puede escapar al destino?

Un discípulo vio un día casualmente a su maestro hablando en el mercado con una persona, y se puso a escuchar la conversación sin que nadie advirtiera su presencia. -¿Cómo tú, mensajera de la muerte, estás de visita en este pueblo? ¿Has venido a buscar a alguien? -oyó preguntar a su maestro.

-En efecto, así es -escuchó la respuesta del extraño personaje-. Precisamente quería preguntarte por tu discípulo Hamed; por cierto, él vive en esta ciudad ¿no es así?

-Así es, incluso me ha parecido verlo por aquí hace un momento -respondió el maestro.

Cuando aquel hombre oyó su nombre de los labios de tan espectral personaje, un escalofrío recorrió su cuerpo. Inmediatamente tomó una decisión: pensó que si la muerte venía a buscarlo a su casa, a él le daba tiempo a llegar de noche a la vecina Bagdad montado en un veloz caballo. Al no encontrarle allí, el mensajero de la muerte volvería a su tenebroso reino con las manos vacías. Sin pérdida de tiempo, aquel hombre dejó el mercado, montó el más veloz caballo y se lanzó al galope rumbo a Bagdad.

Por ello no pudo oír como continuó la conversación:

-Es extraño -dijo el mensajero de la muerte-, porque en realidad aquí he tenido a buscar a un anciano moribundo, con tu discípulo Hamed tengo en cambio cita en Bagdad esta noche.

Poderes que llevan al desastre

Un hombre que había alcanzado la conquista de poderes sobrenaturales, pero que carecía de percepción de lo real, realizaba un viaje en barco cuando se desencadenó una fuerte tormenta. El experimentado capitán comunicó al pasaje que no era la primera vez que él y su tripulación afrontaban una situación de ese tipo y que siempre habían salido airosos. Por ello dio las órdenes oportunas, y los marineros llevaron a cabo las tareas precisas destinadas a preparar la nave para la tormenta.

Sin embargo, el hombre de los poderes excepcionales no confió ni en la experiencia del capitán ni de la pericia de la tripulación. Por ese motivo, recurrió a las artes mágicas, e invocando a los genios adecuados, ordenó:

-¡Que inmediatamente cese la tormenta!

Lo que sucedió en el acto, para sorpresa de todos. Pero ocurrió que el barco había sido preparado para soportar las olas y los fuertes vientos, por lo que la repentina calma provocó que la nave se escorara primero, se inundara después y por fin se hundiese, llevando a la muerte a todos los miembros de la tripulación y el pasaje, incluido al estúpido hombre de los poderes prodigiosos, que lógicamente tuvo que dar cuenta a Dios, de aquellas horribles muertes provocadas por su ignorancia.

Represión dañina

Dos amigos monjes habían recibido la orden de sus superiores de pasar la noche en meditación estudiando las escrituras. Al poco tiempo, uno de ellos dijo al otro:

-No puedo permanecer aquí, la otra noche conocí una hermosa prostituta que me hechizó con sus bellos ojos negros y su cuerpo sinuoso y firme. He decidido ir a visitarla; si quieres, puedes acompañarme, te aseguro que no habrás visto nunca antes ni verás jamás una mujer tan perfecta para el amor más apasionado.

Y así, pasó un buen rato describiendo a su amigo todos los detalles más excitantes sobre la sensual y experta prostituta. Pero el otro monje, después de dudarlo mucho, no aceptó la propuesta de su compañero, por lo que éste marchó solo a su aventura.

Dicen que mientras disfrutaba de los mil y un placeres que la hermosa hetaria le proporcionaba, su corazón se encontraba arrepentido de su conducta y pensaba en la paz espiritual que su amigo estaría encontrando en ese momento en las escrituras. Pero no era así, mientras leía las escrituras, la mente del otro monje volaba hacia la excitante anatomía de la mujer, y su cuerpo no dejaba un instante de excitarse imaginando los placeres que su amigo estaba viviendo. Cuando muchos años después, ambos murieron, se pudo comprobar que en el monje que quedó estudiando las escrituras había perdurado una sucia mancha de pecado que había roído su alma durante años, mientras que el monje que visitó a la prostituta había limpiado su alma prácticamente en el mismo instante.

Desaprender lo incorrecto para aprender lo correcto

Un hombre decidió visitar a un maestro para pedirle que le aceptara como discípulo. Cuando llegó a la casa, fue recibido por una persona que le interrogó sobre los motivos de su visita.

-Deseo que el maestro me acepte como discípulo -solicitó el recién llegado.

-Muy bien -contestó aquel hombre-, yo soy su asistente y le haré llegar esta demanda.

Transcurrido un tiempo, el hombre de la puerta regresó con un papel.

-El maestro me ha dicho que contestes a las preguntas que hay en esta lista de acuerdo a tus conocimientos.

Como el visitante era un hombre muy instruido, respondió a las preguntas con cierta facilidad sin que ninguna de ellas le resultara especialmente complicada. Terminado el examen, el asistente recogió las respuestas y retornó al interior de la casa para entregárselas al maestro.

Una hora después, regresó junto al ya impaciente visitante.

-El maestro me ha pedido que te comunique que en las contestaciones a las preguntas planteadas has demostrado una gran erudición, por este motivo te aceptará como discípulo dentro de un año.

Aquel hombre se sintió halagado a la par que un poco triste por el largo plazo marcado por el maestro. Antes de marcharse preguntó:

-Si he contestado acertadamente a las preguntas y he de regresar dentro de un año, ¿cuál sería el plazo señalado si no hubiese respondido correctamente al examen?

-Ah, en ese caso -contestó el asistente- el maestro te habría aceptado como discípulo hoy mismo. Tú, en cambio, necesitas todavía un año para liberarte de toda esa carga de conocimiento inútil que llevas encima.

A MODO DE EPÍLOGO

Una historia sobre la verdad

Cuentan que un rey, obsesionado por los conceptos de verdad absoluta, verdad relativa y mentira, ordenó que todo aquel que en su reino no dijera absolutamente la verdad, fuera ahorcado.

Ese mismo día un santo con fama de loco se presentó ante el rey y dijo:

-Majestad, según tu decreto, hoy me ahorcarás -y riéndose a carcajadas se marchó.

El rey quedó completamente confundido. Si lo ahorcaba, estaría ejecutando a alguien que habría dicho la verdad. Si no lo ahorcaba, dejaría escapar a un mentiroso.

Inmediatamente dio orden de derogar el decreto.